

HACIA UNAMUNO CON UNAMUNO (II)

To Unamuno with Umamuno

Antonio HEREDIA SORIANO

Universidad de Salamanca

heredia@usal.es

Fecha de aceptación definitiva: Septiembre 2007

RESUMEN: La primera parte de este trabajo, dedicada a exponer la vida y obra de Unamuno desde su infancia hasta la II República (1864-1936), se publicó con el mismo título en la revista salmantina *Naturaleza y Gracia*, editada por los PP. Capuchinos. En esta segunda parte se estudian los hechos y dichos de Unamuno durante los meses de julio a diciembre de 1936, esto es, durante los últimos seis meses de su vida, en plena guerra civil.

Palabras clave: Miguel de Unamuno, Universidad de Salamanca, guerra civil española (1936).

ABSTRACT: The first part of this work, devoted to tell Unamuno's life, according to this words, from his childhood up to and including the Second Republic (1864-1936), was published with the same title in the journal «Naturaleza y Gracia», edited by the Fathers Capuchinos in Salamanca. In this second part, they are studied the deeds and sayings of Miguel de Unamuno, always amazing, during the months from July to December 1936, that is to say, during the first six months of the Spanish Civil War.

Key words: Miguel de Unamuno, University of Salamanca, Spanish Civil War.

0. INTRODUCCIÓN

La primera parte de este trabajo se publicó en el número 52/3 (2005) de la revista *Naturaleza y Gracia*. En él me propuse salir al encuentro de Unamuno clavados los

ojos, si posible fuera, en los suyos. He procurado, como quien desea trato directo, ir agarrado de su mano, pegado lo más posible a su escritura, sin apenas puentes de erudición, de la que he procurado absorber con moderación lo imprescindible. Buscaba sencillamente encontrarme con él, según él mismo se vio y se comprendió[...], según su palabra. No sé si lo he logrado para otros; para mí sólo hasta cierto punto, pues soy consciente de que nunca se logra plenitud en la humana ciencia, sobre todo cuando ésta apunta a conocer lo más íntimo de una vida, que es de suyo indefinible e inefable...

Queda ahora por examinar los últimos meses de su inquieta existencia, todos ellos en guerra y de guerra civil. En medio de ella, pensándola y sintiéndola, no cesó de rumiar cordialmente a Dios, al Dios de su fe religiosa, agónica y voluntarista, y al Dios de su España, centro de una religiosidad popular intensa y diversamente vivida a la sombra eclesial católica y romana, pero que en esta dramática circunstancia parece que se le presentó sobre todo más totémica y cainita que quijotesca[...], más empapada de resentimiento y desesperación que de vida espiritual[...]; tampoco dejó de pensar y de sentir la España histórica más reciente, la del sexenio republicano y la que al presente se desangraba ante sus ojos en purpúrea torrencera, ávida de iniciar una nueva era de reformas y de revoluciones, anegada en dolor, odio y amor, sembrados de mártires de varias causas sus campos, ciudades y tapias de los cementerios, sus cárceles, iglesias y conventos..., sus sendas, caminos y carreteras...; ni cesó de representarse entre brumas y desiertos espirituales la Muerte y su envés la Inmortalidad, fin de trayecto y antesala del misterio por desvelar...

Son, como se ve, los temas de siempre de don Miguel, los temas de su vital triángulo mágico, estampado en el recatado, imaginativo y melancólico tejido de su infancia ya lejana y acuñado luego a golpe de crisis en el ardiente troquel de su yo más íntimo, de donde tomaba luz para brillar, volcánico, en las más diversas situaciones de su vida y la de su España. Ese triángulo y su yo quedaron definitivamente dichos y hechos en los cinco meses y medio que restan del 18 de julio al 31 de diciembre de 1936. ¿Cómo los vivió sabiendo a medias que se moría? ¿Qué pensó, dijo y escribió de sí y de su circunstancia más inmediata? ¿Qué sobre esos tres vértices de su triángulo? Veámoslo, como hasta aquí, a través del cauce de su memoria, siguiendo el flujo y reflujo de sus gestos y palabras.

1. CODA: PENÚLTIMO ACTO: JULIO-OCTUBRE DE 1936

1.1. *Una advertencia preliminar*

Viviendo con y de estos sentimientos, presentimientos y deseos¹, a la chita callando sobrevino el 18 de julio y con él la rebelión militar... Y Unamuno, «solitario de lugar...»,

1. Léanse de nuevo los párrafos finales de la primera parte de este trabajo en *Naturaleza y Gracia*, Salamanca, 52/3 (2005): 419-461. Véase al final la lista de siglas y abreviaturas.

solitario de entereza y de eternidad»², que se había definido con esa bella imagen deportiva, marinera y trainera, que tan bien le iba, de «remero de España»³, recibe los primeros pasos del movimiento nacional con los brazos abiertos. ¿Sí? ¿Cómo? ¿Por mucho tiempo? Unamuno no dejaba de ser Unamuno. Lo veremos en esta coda biográfica que nos queda por desollar. Y lo hacemos así, en epígrafe aparte, por las peculiares características tanto personales como colectivas de este último tramo de su vida. Pero antes de entrar de lleno conviene insistir en que al comienzo de la canícula aquélla, al ritmo vertiginoso de un movimiento imparable, de una «acción» no pagada ya de sólo palabras, como otras veces se había quejado; al paso firme y acelerado de unos acontecimientos que todavía no alcanzaba a conocer en plenitud, Unamuno, liberal al estilo del glorioso siglo XIX, como él solía repetir⁴, sintió al menos por breve tiempo una brisa de fresca esperanza y de suave alivio a tanta incertidumbre de una revolución reciente, mutilada, según él, por anemia de liberalismo...

Pero antes de continuar, hemos de tener en cuenta, como medida precautoria, que a partir de la declaración de guerra Unamuno no publicó nada; no dio ni un papel a la imprenta salido personalmente de su pluma con expresa intención de publicidad. El artículo que vio la luz en Madrid el 19 de julio en la revista *Ahora*, titulado «Emigraciones», ya estaba compuesto y enviado con anterioridad. Es claro que ese artículo no contiene sus últimas palabras, pero también lo es que fue el último de su propia cosecha que dio voluntariamente a la imprenta. Y sin embargo, de ahora en adelante hasta su muerte don Miguel no dejó de hablar y de escribir: de hablar en público en actos oficiales y en privado a periodistas y a otras personas, que luego transcribían sus palabras llevándolas al papel impreso como marca de su pensamiento. Tampoco dejó de escribir en la intimidad de su casa, en exclusiva para sí o para sus amigos y conocidos. Sus entrevistas y breves discursos quedaron registrados en los periódicos y en alguna que otra publicación de la época; sus escritos, más fiables por proceder directamente de su pluma, son las cartas dirigidas a muy pocas personas, son los últimos poemas de su *Cancionero* y son los apuntes que fue tomando en el recogimiento de su hogar sobre el origen, desarrollo y vicisitudes de aquella guerra que tan descolocado lo dejó [...], apuntes a los que puso un título tan significativo como el de *El resentimiento trágico de la vida*⁵.

La figura pública y pensante de Unamuno se extingue pues entre documentos orales y gráficos de muy desigual valor. Dejando aparte lo escrito para sí y para unos pocos corresponsales, las palabras que de él se recogieron directa o indirectamente hubieron de pasar necesariamente por el «filtro», no diré de una censura oficial expresa (que también la hubo), pero sí de oyentes que, aun mereciendo

2. I (1933) 708. 710.- Cf. también de Unamuno, «Sobre el anarquismo español», en RE, 280.

3. III (1932) 811.

4. VIII (1936) 1245.

5. RTV. Es probable que le rondara la idea de publicar una novela con ese título, al estilo de aquella que muchos años antes, recordando su experiencia infantil y previa documentación, dio a la imprenta en 1897 bajo el título de *Paz en la guerra* (II, 87-301).

confianza por provenir de personas o de periodistas dignos de crédito, no dejaron por eso de ser interpretadas y publicadas, muchas sin permiso de Unamuno, en medio de una guerra atroz que de suyo imponía la autocensura, y de un ambiente de exaltación patriótica y religiosa que algunos intérpretes mismos fomentaban y vivían con intensidad. Es cierto que no hay motivo serio para poner en duda sus declaraciones a la prensa nacional y extranjera⁶, pues el mismo Unamuno, de no haber estado de acuerdo con lo que se publicaba como de él, pudo haber dejado testimonio contradictorio en sus apuntes personales o incluso haber protestado, como lo hizo en carta al director del *ABC* de Sevilla⁷. No obstante, a pesar del crédito de que gozan los textos periodísticos, es preciso recibir con precaución las *palabras* atribuidas a Unamuno en los últimos meses de su vida.

Pero don Miguel no sólo habló sino que también se expresó por *gestos* bien visibles, plásticos y expresivos, y si, como en el caso de las palabras, hay que tener en cuenta para su recta interpretación el ambiente en que se expresaron e interpretaron, no cabe duda que aquellos sus gestos, expuestos libremente a la luz pública y conociendo la personalidad de donde manaban, dicen mucho de su pensamiento y sobre todo de sus sentimientos y actitudes.

1.2. *Gestos y palabras*

Así pues, reuniendo palabras y gestos, gestos y palabras, sabemos que Unamuno vivió tranquilo los primeros pasos del alzamiento, casi afectada y ostentosamente tranquilo, dejándose ver sentado en la Plaza Mayor, en la terraza del hotel-café Novelty, como invitando a la población a que continuase su vida normal y aceptase la situación con calma y serenidad. La tranquilidad de don Miguel puede explicarse, no porque fuera viejo o estuviera en las nubes, como parece insinuar González Egido, sino por algo más sencillo y verosímil compartido con otros muchos, fueran o no viejos, estuvieran o no en las nubes: por la falta absoluta de información veraz sobre lo que realmente estaba pasando en España⁸. ¿Conocería el propio Franco el modelo político futuro que habría de adoptar el golpe que él mismo inició en África?

6. En la prensa republicana, queriéndolo o sin querer, alguna vez se cambiaron o manipularon sus palabras. *Vid.* a este respecto GE 100.

7. La protesta de Unamuno parece fue motivada por una noticia procedente de Colombia recogida por el periódico sevillano el día 10 de diciembre. La noticia hacía referencia a una supuesta carta de Unamuno (no se dice fecha), escrita en latín, en que éste protestaba por «las atrocidades, destrucción de propiedades y asesinatos que ha cometido el Gobierno rojo de Valencia» (10-12-1936, *ABCD* fasc. 15, 44). Al parecer se trata del Manifiesto que en el mes de septiembre dirigió el Claustro de la Universidad de Salamanca a las Universidades del mundo denunciando la violencia cometida por los republicanos (*Vid.* n. 94). No se trataba pues de una carta personal de don Miguel, como se decía en el encabezamiento de la noticia. Además, el hecho de que apareciera casi tres meses después del Manifiesto haría pensar a muchos que se trataba, efectivamente, de una misiva personal de Unamuno, lo que le desagradaría profundamente, ya que para entonces había cambiado su percepción de las cosas. Por eso protestaría.- *Vid.* la contestación del director del *ABC* de Sevilla a la protesta de Unamuno en GE 232-233.

8. EVL 21, 30.

Téngase en cuenta que en los preparativos de la conspiración y en los primeros días del alzamiento él era tan sólo «uno de los propulsores del movimiento militar»; una pieza muy importante, sí, pero tan solo *una* pieza de la máquina de fuerza puesta en marcha el día 17⁹. ¿Hacia dónde se dirigía aquel golpe de Estado o rebelión castrense, aquel «movimiento insensato y vergonzoso», según la nota del Gobierno aquella mañana del 18 de julio, o como definieron la sublevación sus dos cabezas visibles en la Península, los generales Cabanellas y Mola, aquel *movimiento nacional popular o cívico-militar*? ¿Hacia la restauración monárquica sin más o hacia una situación de estricta disciplina y orden dirigida transitoriamente por militares sin predeterminación de la forma de gobierno?¹⁰ Quizá lo supiera Sanjurjo, jefe supremo del alzamiento, pero, como dice Vegas Latapie, su prematura muerte en accidente aéreo el 20 de julio en Portugal «cambió de manera abrupta todos los planes»¹¹.

Lo más probable es que Unamuno creyera, como casi todo el mundo al principio, que aquello era un simple ruido de sables, un pronunciamiento al estilo del siglo XIX, un golpe de fuerza militar, una «militarada»... en favor de la rectificación de la República¹², cosa que por lo demás parecía haber estado deseando de un tiempo a esta parte y a lo que expresamente había animado al pedir la intervención de un «mandón», de alguien que de veras ocupase el puesto de mando

9. Sevilla, 29-7-1936, *ABCD* fasc. 2, 21, pp. 172-173, 175.

10. Republicanos y nacionales testimonian que al comienzo del alzamiento no había nada públicamente decidido sobre la futura forma de gobierno. «Testigos presenciales de los acontecimientos —podía leerse el 24 de julio en el *ABC* de Sevilla—, viviendo al lado de cuantos tienen responsabilidad en lo que sucede, damos nuestra palabra de honor de que el movimiento que los militares han iniciado, sólo al servicio de España está consagrado, y que sólo en España se piensa. Ni a un solo monárquico le hemos oído hablar del Rey, ni aun a los que tuvieron cargos y honores en otro régimen. Los Requetés se juegan la vida en magnífica vanguardia, puesto el pensamiento en Dios y en la Patria. Esto les llena el pensamiento y ocupa la acción. Todos han acudido a la lucha por España. Ante ella, toda cuestión de Régimen o Dinastía es subalterna. España, en el pensamiento de Franco y sus ilustres amigos, será lo que ella libremente quiera. Sólo al servicio de España están las armas españolas. Y, como dato para la Historia, recogemos este interesantísimo, esencial acaso, aspecto del momento» (*ABCD*, fasc. 2, 43.- El mismo socialista I. Prieto comentó por radio el 8 de agosto el error en que habían caído los rebeldes al suponer «que les bastaban simplemente dos o tres días para instaurar ese régimen autoritario, *ciertamente indefinido*, del cual *no conocemos siquiera las líneas generales...*» (*Ib.*, fasc. 3, 42).- Lo único claro en estos momentos iniciales era la oposición de los sublevados al comunismo, al anarquismo y al separatismo. En ninguna de las proclamas de Franco llamando al alzamiento (*Manifiesto* de Las Palmas, 18-7-1936; *Radiomensajes* de Tetuán, 21 y 25-7-1936), se habla de régimen político ni de forma de Gobierno. Más aún, en puntos de crítica social y política hay coincidencias de fondo entre estos documentos y el Unamuno anterior y posterior a la rebelión. *Vid.* la reproducción fotográfica del *Manifiesto* en R. de la CIERVA: *Historia ilustrada de la guerra civil española, I* (Barcelona 1975, 7ª ed.) 254.- *Vid.* su transcripción en *Id.* (Dir.): *Vida de Franco* (Madrid 1985) 263. *Vid.* los *Radiomensajes* en *ABCD* fasc. 2, 7-8. 44).

11. EVL 25, p. 195.

12. El término «militarada», precedido de adjetivo peyorativo, fue usado muy pronto y con relativa frecuencia en la zona republicana para designar la sublevación militar (1, 14, 19 y 26-8-1936, *ABCD* fascs. 2, 34; 4, 27. 38; 5, 29). Pemán habló de «la guerra aquella que nació con aires ochocentistas de pronunciamiento...» (16-12-1936, *Ib.*, fasc. 16, 23).

para enderezar la deriva, a su juicio mortal, del régimen republicano¹³. Ni en la retórica de las palabras entonces oídas o leídas ni en la realidad de los hechos entonces percibidos, nada hacía sospechar *al principio* que aquello era el comienzo de una larga guerra civil o que hubiera sido dirigido contra la forma republicana de gobierno ni contra sus símbolos¹⁴. Además, algunos de los generales rebeldes más conocidos, como Cabanellas y Queipo de Llano, gozaban fama de republicanos convictos y confesos. Sus proclamas primeras y las de otros militares, como la del general García Álvarez en Salamanca, concluían por lo común con el grito de «¡Viva la República!»¹⁵.

Por otra parte, era también de dominio público el escaso interés de Franco por la política activa y militante. Su bien ganado prestigio le venía como profesional militar al servicio de la República. Todo el mundo sabía que había prestado al régimen promesa de fidelidad nunca mentada. Incluso el *Manifiesto* que leyó por radio en Las Palmas la mañana del 18 de julio explicando los motivos del alzamiento, tenía un aire republicano al evocar casi al final el famoso lema de la Revolución francesa¹⁶. Más aún, por aquellas fechas tan tempranas, en notas oficiosas

13. III (1936) 825-827. Vegas Latapie ha dicho de Unamuno que «después de haberse disuelto las Cortes Constituyentes, para las cuales fue elegido diputado como candidato de la coalición republicano-socialista de Salamanca, se mantuvo alejado de la vida pública, aunque en escritos y declaraciones de prensa *anticipara*, de alguna manera, la postura que adoptaría abiertamente el 19 de julio» (EVL 108).

14. Varios hechos muestran el respeto inicial de los mandos rebeldes a los símbolos republicanos: 1) Las banderas roja y gualda colocadas en balcones y ventanas de Burgos a raíz del alzamiento fueron retiradas por orden del general Dávila, a la sazón gobernador civil. 2) Al llegar Mola a Burgos desde Pamplona para instalar su cuartel general, se le rindió honores bajo la insignia de la bandera tricolor (EVL 25, 29-30, 32). Y si bien la roja y gualda fue siendo izada escalonadamente en los ayuntamientos a lo largo de los meses de julio y agosto (en el de Salamanca parece que la entronización fue muy temprana), no sería hasta el 29 de este último mes cuando la cosa adquiriese plena legalidad (*Decreto 29-VIII-1936* [JDN], restableciendo la bandera bicolor, BOJDNE, 30-VIII-1936, nº 14). 3) A la cabecera del primer periódico oficial rebelde, el *Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional de España*, figuró siempre el escudo republicano; y así continuó bajo el título de *Boletín Oficial del Estado* hasta el 23 de febrero de 1938, casi año y medio después de la designación de Franco como jefe supremo de la «nueva España».

15. *Vid.* algunas proclamas y entrevistas de primera hora en *ABCD* fasc. 2, 2. 6-8. 10. 33. *Vid.* la nota de García Álvarez en *La Gaceta Regional de Salamanca* (21-VII-1936).- Diego Martínez Barrio, presidente del Gobierno a raíz del golpe, reconoció que «en las primeras conferencias radiadas después de la sublevación, todos esos generales terminaban sus discursos con estentóreas vivas a la República» (16-8-1936, *ABCD* fasc. 4, 34).- Él mismo tachó más adelante la rebelión de hipócrita y desleal, porque no hacía mucho que algunos generales, a la vez que rendían pleitesía a las altas magistraturas del Estado y hacían ante ellas actos de lealtad a la República, estaban reuniéndose secretamente para combatirla (2-2-1937, *Ib.*, fasc. 20, 27). Palabras que confirman la fama de republicanos que tenían algunos de los más destacados militares sublevados.- Según Vegas Latapie, el Mola, el «Director» del alzamiento, era también conocido por su «evidente republicanismo»; o como dice en otra lugar, «nada tenía de monárquico». Lo mismo y con más razón se decía de Cabanellas (*O.C.* en n. 8, pp. 32, 43, 60), p. 193.

16. «... del forzoso naufragio que sufrirán algunos ensayos legislativos [de la República] —manifestaba Franco—, sabremos salvar cuanto sea compatible con la paz interior de España y su anhelada grandeza, haciendo reales en nuestra Patria, por primera vez y en este orden, la trilogía Fraternidad, Libertad e Igualdad» (*Vid.* este documento en CIERVA, R. de la: *O.C.* en n. 10).

radiadas o publicadas en su nombre, podía leerse o escucharse el grito de «¡Españoles! ¡Viva España y la República!»¹⁷. Cabe pensar, pues, que el movimiento militar pudo haber sido interpretado por un amplio sector del republicanismo crítico, no como «un nuevo intento criminal contra la República», según lo vio el Gobierno¹⁸, sino como un acto de fuerza, sí, pero dirigido por militares *republicanos* para librarla, según creyó aquel sector, del más temible enemigo interior del régimen: el Frente Popular revestido alternativamente de revolución anarco-sindicalista o de dictadura marxista del proletariado¹⁹. Precisamente uno de esos republicanos críticos de más renombre, Unamuno, venía oponiéndose claramente desde hacía años al Frente Popular por ser, a su juicio revolucionario, antiliberal y antinacional. Por tanto, poco o nada tendría que oponer el Rector de Salamanca, españolísimo, liberal y reformista, al ya citado *Manifiesto* de Las Palmas en que Franco, denunciando el «eclipse total» de la Constitución republicana («suspendida y vulnerada») y sin hacer la menor alusión a forma de Gobierno, llamaba a la defensa de España por el gravísimo deterioro social, político y económico en que, según él, se hallaba²⁰. Tampoco tendría reparo que poner a las palabras que desde Tetuán dirigió por radio al Ejército el 25 de julio, animando a «rescatar a España de las garras de la revolución» y a salvar «la existencia de una España civilizada»²¹; ni le repugnarían las madrugadoras declaraciones que el general Queipo de Llano, jefe del Ejército del Sur, hizo al *ABC* de Sevilla afirmando que «el movimiento es netamente republicano, de lealtad absoluta y decidida al régimen»²².

De ahí tal vez su tranquilidad inicial y el impulso que sintió de identificarse con el movimiento militar, a pesar de su antiguo y declarado antimilitarismo. Más aún, funcionando ya en Burgos la Junta de Defensa Nacional, formada sólo por militares, y hecha también ya la militarización de varios servicios en Salamanca, aceptó formar parte como concejal del nuevo Ayuntamiento presidido por el comandante Francisco del Valle. Ciertamente que su labor en la nueva Corporación fue

17. Franco pudo decir más adelante que jamás dio «un viva a la República» y que siempre se negó «a dar ese viva que no sentía» (FRANCO SALGADO-ARAUJO, F.: *Mis conversaciones privadas con Franco* [Madrid 1976] 425). Pero lo cierto es que los días 22 y 23 de julio se publicó como nota oficial u oficiosa suya, una proclama cuyas últimas palabras quedan reflejadas arriba (*ABCD* fasc. 2, 8. 33). Cuenta Tuñón de Lara que Franco declaró a la prensa portuguesa el 10 de agosto: «España es republicana y seguirá siéndolo. Ni el régimen ni la bandera han cambiado. El único cambio será que el crimen será reemplazado por el orden y los actos de bandolerismo por el trabajo honrado y progresivo» (TUÑÓN DE LARA, M.: *La España del siglo xx*. [Barcelona 1974, vol. 3] 577).

18. *ABC*, Madrid, número extraordinario de 18-7-1936, *ABCD* fasc. 1, 37.

19. P. 171.

20. No es difícil descubrir en este documento (*Vid.* nota 10) cierta semejanza de fondo y forma con el breve discurso que el día 25 pronunció Unamuno en el Ayuntamiento de Salamanca. Poniendo los dos textos en paralelo y en su contexto, se comprenderá mejor la adhesión de don Miguel al alzamiento.

21. Sevilla, 26-7-1936, *ABCD* fasc. 2, 44.

22. Sevilla, 22-7-1936, *Ib.*, fasc. 2, 6.

nula, pero al tomar posesión de su cargo el día 25 de julio pudo decir sin que nadie, militar o civil, lo contradijera:

Estoy aquí por una *razón de continuidad*, pues soy Concejal desde el 14 de Abril de 1931 designado por el pueblo. En todo momento *he servido a España por la República* y mi posición es bien clara: no quiero extenderme en consideraciones sobre el momento presente que no es pugna de ideas ni de doctrinas, es sencillamente un estallido de malas pasiones, y *para que España viva hay que salvar la civilización occidental que está en peligro*.

Aquí estoy en lo que lo permitan otras atenciones y la edad. Este espectáculo lamentable y triste es debido no sólo a esas malas pasiones, sino a que se está creando una generación de idiotas con juventudes cuya mentalidad es de chicos de corta edad.

Al ir diariamente a mi despacho de la Rectoral, contemplo y admiro la estatua de Fray Luis de León, una de las mejores que tiene Salamanca, y su gesto admirable, la mano tendida como aconsejando *calma y meditación*, me parece la encarnación más acertada del consejo que puede darse en los momentos actuales.

Hay que salvar la civilización occidental, la civilización cristiana tan seriamente amenazada; mi posición es de todos bien conocida, consecuencia de ver muchos pueblos regidos de forma tal que puede asegurarse que *entre los dirigentes no falta ningún presidiario*²³.

Parece pues claro que Unamuno quiso apoyar el alzamiento —primero con su gesto tranquilo de la plaza, ahora con su palabra—, porque pensó que iba dirigido a rectificar, no a destruir...; a purificar en sentido español y liberal la forma de gobierno que tanto había ayudado a traer. «Sirviendo a España por la República» fue su vivir al menos desde 1914. Y si desde ese año preciso se opuso a la monarquía, porque pensó que no estuvo a la altura de las circunstancias sirviendo a España, según lo que él entendía reclamaba el momento y su historia, ahora se opone por idéntico motivo a *aquella* República. Por encima de todo régimen, lo fundamental fue siempre para él *España*. Y si en 1914 fijó y clavó en la figura del

23. AMSA: *Actas de las Sesiones del Excmo. Ayuntamiento de Salamanca*. Sesión extraordinaria de constitución celebrada el día 25 de julio de 1936, fol. 402 recto y vuelto. Tanto Salcedo (ES 460-461) como González Egido (GE 54-55) y otros reproducen el texto de los periódicos de Salamanca (*La Gaceta Regional*, 26 de julio; el 28, en *El Adelanto*). De ahí las variantes —no graves— observadas en las diversas reproducciones. Conviene advertir la errónea interpretación que de una parte de ese texto han hecho muy recientemente. Algunos ven contradicción entre el juicio de Unamuno sobre el «momento presente» («no es pugna de ideas... es sencillamente un *estallido de malas pasiones*») y la justificación de su presencia en el nuevo Ayuntamiento. No hay tal contradicción porque con esa expresión no podía referirse al alzamiento militar sino al clima anarquizante inmediatamente anterior. Prueba de ello, la frase siguiente, que sólo puede tener sentido en aquel contexto referida a la nueva situación. Es a ella a la que don Miguel atribuye la capacidad y tarea de «salvar la civilización occidental que está en peligro»; luego ella no podía ser causa del «estallido de malas pasiones» sino el agente correctivo (Santiago López y Severiano Delgado: «Que no se olvide el castigo: la represión en Salamanca durante la guerra civil», en Ricardo ROBLEDÓ (Ed.): *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la guerra civil española* (Barcelona 2007) 115. Los subrayados son míos.

Rey las causas de su deterioro histórico y no paró hasta verlo destronado... por España, a partir sobre todo de 1933 fijó y clavó esas causas *en aquella* República, y no paró hasta verla repudiada... por España. Y es que, según él, *aquella* República ya se había negado a sí misma al haber provocado con su política «un estallido de malas pasiones»; al ser dirigida poco menos que por presidiarios; incluso por no haber sabido proteger la civilización occidental y cristiana, como convenía por su historia a un pueblo como el español... Por todo ello el régimen republicano, aunque en dirección distinta del monárquico, puso de nuevo en peligro la libertad y la identidad de España. Y él, Unamuno, que dedicó su vida a conocerla y a amarla, a desentrañar su ser y destino (temporal y eterno) y a cuidarla con mimo y cauterio, pensó sin duda que *aquella* República, por antiliberal y antiespañola, representaba un grave peligro para la misma continuidad histórica de España. No es extraño, pues, que se identificara con el 18 de julio, que creyó quizá inicio de su soñada III República²⁴. Por eso tal vez pedía para la nueva situación, en el mismo acto municipal en que desgranó estas o parecidas ideas, *calma y meditación*, y no menos inteligencia. Y como defensa ante los demás y justificación del testimonio que estaba dando en acto tan solemne y comprometido, hace ver que sus análisis, críticas y deseos *no son de ahora*, sino que responden a una conducta suya, intelectual y política, coherente y antigua, fruto de lo que había ido viendo y observando en años anteriores.

Sin embargo, no tenía la misma percepción de la conducta de Unamuno Casto Prieto Carrasco, el alcalde destituido, y en la cárcel aquellos días. La aceptación de la concejía en aquellas circunstancias, le pareció a don Casto sencillamente una «traición». Lo dejó escrito entre rejas el día 24 de julio, cinco días antes de ser fusilado: «... sabemos que mañana tendrá Salamanca un Ayuntamiento al que van nombrados, graciosamente, todo el Estado Mayor de los figurones locales; con ellos, luciendo sarcásticamente su elección popular, la parte incompatible del Ayuntamiento del 12 de Abril nacido tan limpiamente; esta parte es la osamenta: dos hombres incalificables hoy, Unamuno y Marcos Escribano, que nos abandonaron en las responsabilidades pasadas tan enormes y se suben hoy al carro del triunfador. No puedo menos de confesar —remacha el presidiario—, que me amarga la traición, a sí propios; la de D. Miguel, claro, no la del otro botarate...»²⁵.

1.3. *Unamuno, rector franquista*

Con su breve discurso Unamuno se colocó abiertamente en la ilegalidad; extramuros del sistema político que ayudó a traer y que él mismo proclamó en baño de multitudes desde el balcón del Ayuntamiento salmantino...; fuera de la institución

24. Compárense las palabras de Unamuno con las de Franco o Queipo de Llano pronunciadas pocos días antes (*Vid.* Nn. 10, 17, 20, 21 y 22).- Aún a mitad de agosto confiesa Unamuno a un periodista extranjero que «esta lucha no es una lucha contra la República liberal, es una lucha por la civilización» (GE 75).

25. ROBLEDO: *O.C.* en n. 23, pp. 295-296.

que tanto lo había honrado por su acendrado republicanismo y prestigio intelectual. Más aún, no camina solo en su rebeldía. El mártir de la monarquía dictatorial, el antimilitarista represaliado por el general Primo de Rivera, acompaña y sigue ahora al Ejército levantado en armas contra una legalidad nacida en parte muy principal de su lucha esforzada y personalísima. «Yo mismo me admiro —dijo un poco más adelante— estar de acuerdo con los militares. Antes yo decía: primero un canónigo que un teniente coronel. No lo repetiré. El Ejército es la única cosa fundamental con que puede contar España»²⁶. No es extraño pues que los fieles del régimen no pararan ahora de meterse con él: ¡Paradojas del niño bonito de la República! ¡Desagradecido! ¡Malabarista! ¡Traidor! ¡Hipócrita! ¡Complejo trágico de un pobre anciano, que arroja por la borda una dilatada historia republicana! ¡Fascista! ¡Viejo sin alma enamorado de sí mismo! ¡Maculado por el vicio de un orgullo satánico, de un egocentrismo feroz! ¡Representante de una España decadente y moribunda! ¡Especie de fantasma superviviente de un escritor!... ¡Dejadle, está chalado!... Expresiones que entre sorprendidos, desengañados y coléricos le endilgaron poetas, intelectuales y políticos leales a la República, por las ideas vertidas en su breve discurso de julio y por otras declaraciones, más duras aún, aparecidas en la prensa nacional y extranjera a lo largo del mes de agosto y septiembre²⁷.

La reacción oficial del Gobierno de Madrid no se hizo esperar. El 22 de agosto decretaba dejar sin efecto su rectorado vitalicio, la cátedra extraordinaria de su nombre y la nueva denominación que en su honor se había dado al Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Bilbao.

El Gobierno ha visto con dolor que D. Miguel de Unamuno, para quien la República había reservado siempre las máximas expresiones de respeto y devoción y para quien había tenido todas las muestras de afecto, no haya respondido en el momento presente a la lealtad a que estaba obligado, sumándose de modo público a la facción en armas.

En vista de ello, de acuerdo con el Consejo de Ministros y a propuesta del de Inducción pública y Bellas Artes.

26. ES 465.- GE 99. Las palabras de Unamuno pudieran estar hinchadas por la propaganda, pues si se comparan con sus declaraciones casi coetáneas al holandés Brower, son contradictorias. Le decía a éste que «la cultura no puede encarnarse y florecer bajo un régimen militar... ¡Es imposible! Bajo el militarismo nada puede prosperar» (GE 107).- Sin embargo, puede que dichas declaraciones, en verdad contradictorias, sean fruto no de mayor sinceridad con Brower sino del diferente estado de ánimo en que en cuestión de semanas fueron pronunciadas.

27. Para las declaraciones de Unamuno a la prensa en agosto y la reacción republicana: ES 462-465; GE 69-83, 89-93. J. Bergamín interpretó el «giro» unamuniano a la España nacional como «fusilamiento» o aniquilación de su personalidad. Decía el director de la revista *Cruz y Raya* que no podía creer en la muerte de García Lorca y sí, en cambio, «en el fusilamiento de Unamuno, a quien los fascistas habían vaciado las entrañas, el cerebro y el corazón, rellenándolo después de paja y de aserrín, para que fuese el espectro de D. Miguel de Unamuno, que no había existido jamás» (29-9-1936. *ABCD* fasc. 8, 44).- Unamuno conoció los improperios que se le dirigían, y lo dejó reflejado en sus notas íntimas: «Me insultan los rojos, mi secreto – tacañería» (RTV 41). También dejó de ello testimonio en la carta que escribió en agosto a un socialista belga (GE 72).

Vengo en decretar:

Artículo 1º. Queda derogado y nulo en todos sus extremos el Decreto de 30 de Septiembre de 1934, por el que se nombraba a D. Miguel de Unamuno y Jugo Rector Vitalicio de la Universidad de Salamanca, que creaba en este Centro docente la Cátedra »Miguel de Unamuno«, señalando como titular de ella al mismo señor, y se designaba con dicho nombre al Instituto Nacional de Segunda enseñanza de Bilbao.

Artículo 2º. Queda asimismo separado de cuantos otros cargos o comisiones desempeñara relacionados con el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes.

Dado en Madrid a veintidós de Agosto de mil novecientos treinta y seis

MANUEL AZAÑA

El Ministro de Instrucción Pública
y Bellas Artes
FRANCISCO BARNÉS SALINAS²⁸

A los cinco días el Ayuntamiento de su villa natal también lo juzgó severamente. Mandó retirar su busto del salón de sesiones y revisar los acuerdos de homenajes a él dedicados. El *ABC* de Madrid escribió entonces: «A D. Miguel de Unamuno y Jugo ya no le queda donde volver la cabeza. En cuanto sus amigos los facciosos pierdan los pedazos de tierra en que se asientan, el nuevo judío errante tendrá que emprender su peregrinación a través del mundo, sin hogar ni patria. Ni siquiera patria chica. Pues en Bilbao, lugar de su cuna, le reniegan como tal hijo»²⁹. Abandonado de los políticos e intelectuales del Frente Popular, escarnecido, se quedó sólo consigo mismo y con su idea de que la legalidad que los rojos representaban era el caparazón de un estado de cosas corrupto, en el que el famoso lema revolucionario (libertad, igualdad, fraternidad), así como las palabras sagradas del humanismo liberal (orden, paz, justicia, patria, unidad, España...), habían perdido

28. *Decreto 22-VIII-1936* (MIPBA: Francisco Barnés. GM [23-VIII-1936] 1427, nº 236). La reacción de la España nacional no se hizo esperar. Decía al día siguiente el *ABC* de Sevilla: «Don Miguel de Unamuno había sido el pedestal sobre el que estos hombres que obedecen a la hora actual a los marxistas quisieron elevar la República. Las rebeldías de D. Miguel en tiempos de la Dictadura del general Primo de Rivera conquistaron las voluntades de estos republicanos que ni siquiera saben defender aquello por lo que lucharon y prefieren ver el país entregado a las hordas salvajes del marxismo que obedece la consigna del terror, concebido en Moscú, a que el pueblo español quiera seguir su ruta por esos senderos nuevos que abre con la piqueta de sus esperanzas. // No le importe a D. Miguel de Unamuno. La juventud española, esta juventud de la nueva España que ha comenzado a mostrar su ebullición a partir del día 18 de julio, reconoce su actitud que es la de todo hijo amante de la Patria que le vio nacer. Don Miguel de Unamuno tendrá en el pensamiento de todos los españoles amantes de su país, como lo ha tenido siempre por el alto valor cultural que representa en las letras hispanas, un destacado lugar en el altar de nuestras veneraciones. No importa, D. Miguel, que los Azaña, los Giral y demás caterva que le siguen en esa resistencia suicida, quieran anular a usted sus privilegios. Esto no lo conseguirán, porque la España nueva no lo va a consentir. Déjeles que ladren, don Miguel, y que muerdan, que ningún rasguño podrán proporcionar al cuerpo nuevo de esta España que está floreciendo» (23-VIII-1936, *ABCD* fasc. 5, 19).

29. Madrid, 1-IX-1936. *Ib.*, fasc. 5, 36.

virtualidad³⁰. Por eso pudo decir: «Esta lucha no es una lucha contra la República liberal, es una lucha por la civilización»³¹.

Eso creía él al menos sinceramente entonces, como se pone de manifiesto por la carta que escribió a un socialista belga, amigo suyo, el 10 de agosto del 36. Carta importante por varios conceptos: 1º. Por su valor documental histórico. Se trata de uno de los pocos textos autógrafos redactados por Unamuno en aquella circunstancia. 2º. Al ser una manifestación privada, parece reflejar con más fidelidad su pensamiento y estado de ánimo. De ahí que tenga la carta un gran valor testimonial. 3º. Por contener tal vez la explicación más concisa de los motivos que llevaron al autor a luchar en favor de la República, así como de los que le apartaron de ella y le acercaron a su actual compromiso. En esta carta, especie de descargo de conciencia, admite que al cambiar de bando se ha expuesto a que correligionarios de otros tiempos lo tachen de traidor, oportunista o cobarde... No lo acepta, y a la vez que se defiende de esas para él injustas acusaciones (no en balde su campaña contra aquella República empezó mucho antes de la sublevación), excusa su viejo fervor republicano y socialista por creer que trabajaba entonces por el bien de su pueblo.

La historia —dice echando el pie atrás— me había mostrado la imagen de una España grande y espléndida. Sentí el dolor de su decadencia. Creí que una antigua tradición de civilización cristiana podía sustituirse impunemente, e incluso con provecho, por el más ‘progresivo’ materialismo. Luché por esta reforma. Conocí la persecución y el exilio. Pero no cedí hasta llegar al fin. Un día —prosigue— saludé entusiasta la llegada de la República española. Amanecía una nueva era. ¡España revivía! Pero España estuvo a punto de perecer. En muy poco tiempo el marxismo dividió a los ciudadanos. Conozco la lucha de clases. Es el reino del odio y la envidia desencadenados. Conocimos un período de pillaje y crimen. Nuestra civilización iba a ser destruida. Usted comprenderá probablemente —dice a su amigo justificando el alzamiento— el impulso irresistible que hoy empuja al pueblo español a expulsar a aquellos que lo engañaron. Crece este impulso entre la sangre y el sufrimiento. ¿Qué será de él mañana, el próximo mes?³².

Se ve que a poco de comenzar la guerra no tenía muy claro Unamuno el futuro de España, pero sí tenía claro el inmediato pasado republicano que, en su opinión, era el causante del reciente deterioro humano, social y político y, en última instancia, de la tragedia que había caído sobre su patria, anegada ahora en sangre. Y como sabía muy bien la parte que él tomó en la inspiración y construcción de ese pasado vitando, se siente responsable y se le aparece clavado con dolor agudo, como espina punzante, en su conciencia. «En cada hogar español hay dolor y angustia», dice

30. La izquierda intelectual roja no escarneció a don Miguel por el hecho de estar enfrente —también los intelectuales de derecha lo estaban—, sino por creerlo desertado de sus filas y no hacer honor a su anterior significado republicano. La izquierda intelectual apenas se ocupó de los intelectuales de derecha. En todo caso, no mostró tanta inquina como con don Miguel.

31. GE 75.

32. *Ib.*, 73.

a su amigo. Le acucia el remordimiento, saltan las lágrimas a sus ojos y reconoce que ha ido este tiempo atrás fuera de camino... ¡Qué esfuerzo hubo de costarle esta maceración mental! «Fui uno de aquellos —escribe— que deseaba salvar la humanidad sin conocer al hombre... No me abochorna confesar que me he equivocado. Lo que lamento es haber engañado a otros muchos. De esto quiero dejar constancia y si entraña una humillación, la aceptaré»³³.

Cuando apenas ha transcurrido un mes de la guerra³⁴, Unamuno declara sufrir por varias vías de dolor: por la que le viene de su entorno inmediato (destrucción, ruina, muerte, hundimiento de fortunas, desaparición de modestos ahorros...) y por la que le viene de su propio interior (remordimiento) como consecuencia de creerse responsable, al menos en parte, de «esta catástrofe», de ese «pesar inmenso» que ve a su alrededor; y más que nada por haber puesto en peligro, desde luego con la mejor intención, el *destino histórico de España*... Leyendo la carta entre líneas, pienso que fue esto último lo que menos pudo soportar. Todo lo aceptó por ella: persecución, pérdida de su cátedra, vida lejos del hogar, duros reproches, epítetos lanzados contra su persona y fama como balas envenenadas por viejos amigos..., incluso tal vez lo que más pudo costarle, el reconocimiento ante ojos extraños del error en que recientemente cayó y de estar ahora en el bando contrario... Todo lo aceptó por ser fiel a lo que él creía que era el ser histórico de España y la religión popular de su historia. Por España y por el Dios de su España dio en otro tiempo su tranquilidad y su prestigio, y vuelve a darlo ahora y no tardará mucho en darlo de nuevo. Nos encontramos otra vez, en este último recodo de su vida, con una de las claves de comprensión de toda su conducta y pensamiento, encerrada en esos vértices de su triángulo mágico.

Por defenderlos estuvo siempre contra unos y contra otros; y unas veces los unos y otras los otros lo castigaban o recompensaban según creían tenerlo de su lado. Tocó ahora a la República el turno de castigarlo y al Gobierno de Burgos el de premiarlo. Y si aquélla, como hemos visto, lo despojó el 22 de agosto de honores

33. *Ib.*, 72-74. González Egido comenta con evidente error la frase «no me abochorna confesar que me he equivocado». Por el contexto es claro que se refiere Unamuno a sus campañas como socialista y de apoyo a la República, no a su actual adhesión al movimiento nacional, como da a entender este escritor. Por lo tanto, no es correcto afirmar como hace un poco más adelante, poniendo énfasis en la fecha de esta carta: «Desde el 10 de agosto, sabemos que había cambiado» (*Ib.*, 98). Puede que hubiera ya cambiado al ver que aquel movimiento no llevaba traza de alumbrar su III República soñada; pero no que se hubiera vuelto, nostálgico, hacia la II República de su experiencia real. A esa República y a quienes la representaban no quiso volver nunca. En todo caso, en esa fecha aún mantenía su adhesión al alzamiento.- González Egido insiste en su error, debido sin duda a que no ha hecho limpieza de prejuicios, en lo último que ha dado a la imprenta sobre este asunto («Unamuno en Guerra», en ROBLEDO: *O.C.* en n. 23, pp. 249-250).

34. Creía don Miguel que cuando esta carta llegara a manos del destinatario, «quizás esta terrible guerra haya llegado a su fin». De haber sido así, el conflicto hubiera durado un mes sobre poco más o menos. Y sin embargo, en tan poco tiempo, la experiencia fue tan estremecedora que pensó que aquella guerra sería «una lección difícil de olvidar para muchas generaciones» (*Ib.*, 73).

y privilegios por sumarse «de modo público a la facción en armas»³⁵; éste, por decreto de 1º de septiembre y a propuesta de la Universidad de Salamanca, lo confirmó en ellos por su «destacada notoriedad» en el campo docente y cultural, y por «la adhesión fervorosa y el apoyo entusiasta» que ha prestado al Movimiento nacional³⁶. De nuevo pues Unamuno, con el intervalo de diez días desde su destitución, Rector vitalicio de la Universidad de Salamanca y titular de la cátedra especial creada en ella con su nombre para el estudio y difusión de su obra y pensamiento. No tardará mucho en verse otra vez despojado de su sillón y medalla rectoral..., y por los mismos que ahora lo reponen. Eso ocurrió de hecho, como se sabe, el 12 de octubre; y de derecho, el 22 del mismo mes.

Pero no precipitemos acontecimientos. Antes de esas fechas, que suponen la muerte civil de Unamuno, a dos meses de su muerte física, don Miguel inicia en el último tramo de su vida pública (1º de septiembre al 12 de octubre de 1936) un camino que le habría de repugnar por necesidad. Sin pretenderlo, aunque la cosa le halagara, ha sido nombrado nuevamente Rector, y tiene que ejercer su cargo en la situación extraña y por demás excepcional de una guerra civil. Eso llevaba consigo, entre otros menesteres, cumplir y hacer cumplir normas y preceptos en Instrucción pública que, si no todos, algunos al menos tendrían necesariamente que revolverle las tripas, pues su adhesión a los sublevados no comportaba desafección de su acendrado liberalismo. O renunciaba a su cargo a título de sus más hondas convicciones (decisión muy difícil de tomar en aquellas circunstancias) o no podía desentenderse de sus obligaciones como autoridad académica en el nuevo sistema. Y más teniendo en cuenta que la Junta de Defensa Nacional, para poder conocer y organizar los centros de enseñanza dependientes de su jurisdicción, mandó centralizar en los Rectorados todo lo referente al negociado de la enseñanza pública³⁷. El hecho es que, como se sabe, *no renunció*, y apenas en su cargo hubo de ejercerlo con todas las consecuencias, comenzando por cumplir y hacer cumplir la Orden que la Junta de Defensa Nacional había dado el 19 de agosto mandando inaugurar el curso en las escuelas primarias el 1º de septiembre, precisamente el día de su confirmación como Rector. Dicha Orden señalaba además que la escuela primaria, «piedra fundamental del Estado, debe contribuir no sólo a la formación del niño en el aspecto de cultura general, sino a la *españolización* de las juventudes del porvenir que, desgraciadamente, en los últimos años, han sido frecuentemente orientadas en sentido inverso a las conveniencias nacionales»³⁸.

35. *Vid.* n. 27.

36. *Decreto 1-IX-1936* (JDN; Miguel CABANELLAS. BOJDNE [4-IX-1936] nº 15. La Universidad había enviado el 29 de agosto un telegrama a la JDN comunicando que habían acordado ratificar a Unamuno en el cargo de Rector, y rogaban «a esa digna Junta... lo ratifique expresamente» (*Libro de Registro de Salida de la Superioridad*. AUSA, D1/L 160. Registro nº 1601).

37. *Orden 4-IX-1936* (JDN) «...a los Gobernadores civiles y a los Alcaldes comuniquen a los Rectores cuantos datos interesen referentes al personal de Instrucción Pública», BOJDNE (8-IX-1936) nº 18.

38. *Orden 19-VIII-1936* (JDN, BOJDNE [21-VIII-1936] nº 9. El subrayado es nuestro.

Don Miguel no tendría reparo que poner a esta consideración genérica de la Junta de Defensa, como tampoco al restablecimiento de la bandera bicolor, roja y gualda, decretado tres días antes de su incorporación al Rectorado, ni a la restauración de la enseñanza religiosa y símbolos cristianos en la escuela³⁹. En todas estas disposiciones se apelaba al sentimiento de españolidad y a la tradición, cosas muy sensibles a Unamuno. Ciertamente, él no era partidario de hacer *casus belli* de bandera alguna, pero tenía una cierta querencia por la bandera que España había asumido como nacional en los tiempos modernos. Bien claro lo dejó dicho en 1932. Dirigiéndose a una señora quejosa de que el gobierno republicano hubiera prohibido exhibir en público la antigua bandera bicolor, escribió:

Yo también me he criado y educado bajo la bandera no más que roja y gualda, sin morado alguno, sin ese morado discutiblemente castellano; bajo la bandera de la casa de Aragón y Cataluña, que se hizo española, española de todos los españoles, y sé que a nuestra edad, señora, no se cambia ni de aguas ni de colores. Pero por nada del mundo enarbolaría un color para dividir a los que están unidos. Si por mí fuera, adaptaría como enseña todo el arco iris, o mejor, componiendo sus colores todos, sin descomponerlos por medio de un prisma de partido, una bandera blanca. [...] Blanca y no negra ni roja. Mas ya que ello no sea, quedémonos con los colores de la casa de Aragón y la de Castilla, de la bandera española de hoy, y respetémosla como respetábamos la de ayer [...] Y si ustedes la enarbolan con intención belicosa y protestante, de guerra incivil monárquica, no estará mal que se la prohíban. Ahora, en su casa de usted [...] Conozco más de un español republicano, honrado y racionalmente republicano, que dentro de su casa sigue guardando la vieja bandera roja y gualda, sin morado, bajo la cual luchó por la república. Y es que se puede —y se debe— ser republicano guardando el sentido civil y patriótico de la continuidad histórica. Y guardar, con veneración, aquella enseña junto a una cruz⁴⁰.

España, su bandera y su religión tradicionales. Tres sentimientos, tres símbolos que Unamuno, «español de raíz a copa», como dijo de sí mismo⁴¹, conservó vivos también durante la República en la intimidad de su conciencia. En virtud de ello había criticado recientemente con dureza la política docente de los nacionalismos regionales, empeñados en formar a la juventud en una idea falsa y aun

39. *Decreto 29-VIII-1936* (JDN) sobre la bandera (*Vid.* n. 14). *Orden 4-IX-1936* (*Id.*), mandando depurar las bibliotecas escolares de obras socialistas y comunistas, y reponerlas de otras de sentido cristiano, BOJDNE (8-IX-1936) n.º 18.- *Orden 21-IX-1936* (*Id.*), disponiendo que la enseñanza de la Religión e Historia Sagrada son obligatorias en las escuelas nacionales y forman parte de la labor escolar, *Ib.* (24-IX-1936) n.º 27. «La Escuela Nacional ha dejado de ser laica», se dice en esta última disposición. *Cf.* también la *Orden 22-IX-1936* (*Id.*), dictando normas sobre la enseñanza religiosa, *Ib.* (28-IX-1936) n.º 30.

40. UNAMUNO, Miguel de. «La bandera roja y gualda» (6-2-1932), RE 143-144. *Vid.* el artículo que sobre el origen y uso de la bandera bicolor reprodujo *ABC* de Sevilla el 16 de agosto de 1936 bajo el título «La bandera se va» (*ABCD* fasc. 4, 32-33).

41. I (1932) 652.

calumniosa de la historia y patria común española⁴². ¿Y cómo no iba a estar de acuerdo con Burgos en este punto de españolizar la enseñanza, si en noviembre de 1934 propuso como salida a la crisis política que se vivía después de la revolución de octubre, no una constitución de papel (pura comedia, decía), sino «que la conciencia nacional española recobre la conciencia... de su propio destino, soterrada en el hondón de la historia, de la tradición...»⁴³ Unamuno quiso incluso españolizar a la juventud a base de sumergirla con los cinco sentidos corporales en el paisaje. «Y ver, oír, saber, oler y sentir a España; ver sus montañas y sus valles y sus costas; oír sus brisas por las hojas y los arrullos de sus tórtolas; saber sus frutos, su pan y su vino; oler sus flores; sentir bajo los pies sus rocas y sus yerbas...»⁴⁴. Y más, propuso llamar «padre de la patria» (de la patria española, se entiende) al que «a los hijos de ella les enseña a soñarla en altura... y, sobre todo, la de pensar en alto y en hondo para que el ser español sea un consuelo de tener que serlo»⁴⁵.

¿Y no tildó de cavernícola en enero también del 32 la medida republicana de imponer en la escuela el agnosticismo? No es creíble —decía— que los maestros nacionales (no meramente estatales) «puedan educar a los niños españoles escamoteando toda noción religiosa». Eso —concluía— «es sencillamente no darse cuenta de lo que tiene que ser la educación pública, patriótica»⁴⁶. Es claro que de este

42. Criticando en 1933 el daño que la política educativa nacionalista estaba haciendo a la juventud, decía: «Algunos de estos pobres hombres pobres no son capaces de imaginar la geografía y la geología, la biografía y la biología de la mano española. Y se les ha atiborrado el magín, que no la imaginación, con una sociología sin alma ni espíritu, sin fe, sin razón y sin arte. ¡Hay que ver la antropología, la etnografía, la filología que se les empapiza a esas frívolas juventudes de los nacionalismos regionales. [...] Esos, los de la diferenciación, suelen ser señoritos de aldea, que no aldeanos, cuando no algo peor [...] Son los que han inventado lo del meteco, el maqueto, el forastero, o sea el marrano. Ellos se creen a su manera arios. No verdaderos aldeanos, paisanos, hombres del país —y del paisaje—, no cabreros o Sanchos, sino Bachilleres Carrascos. En el fondo, resentidos; resentidos por fracaso nativo. Les conozco a esos pobres diablos; les tuve que sufrir antaño [...] Conocí más de uno que en su falta de conocimiento de la lengua diferencial del país nativo estropeaba adrede la lengua integral del país histórico, de la patria común, de esta mano que nos sustenta, entre Mediterráneo, Atlántico y Cantábrico, a todos los españoles» (I [1933] 706; III (1931) 795-796).

43. III (1934) 821.- IX (1934) 448-449.

44. «El juego del sacapón» (18-V-1834), RE 319.

45. «Políticos, criadores, poetas, padres» (20-XII-1931), *Ib.*, 127-129.

46. «Guerra civil cavernícola» (29-I-1932), *Ib.*, 140. Unamuno no dejó de criticar algunos aspectos de la escuela republicana. En mayo del 36 escribió: «Muchas veces se han quejado los pedagogos laicistas —lo que no quiere decir laicos— de que se empezara en las escuelas primarias por enseñar de carretilla a los niños el Catecismo de la Doctrina Cristiana —Astete o Ripalda— que son incapaces de entender. Y, en efecto, los niños, a la edad en que se les infusan los misterios... son incapaces de entenderlos. Como tampoco entienden los misterios gramaticales de Epítome académico. Pero sustitúyanse unos y otros, los teológicos y los gramaticales, con los del librillo constitucional —el galápagos— y ¡Dios nos asista!... ¡Y habrá que ver cómo a los pobres párvulos —de cuerpo y normales—, a los que acaso se les haga alzar el puño, les explican lo que es República, lo que es democracia y lo que es trabajador de toda clase, adultos —y más bien adolescentes— de cuerpo, pero más párvulos (y no normalmente) de mente, que les eduquen! Sacarán la sesera lingüística más cerrada que el puño enhiesto» («Don Estanislao Figueras», *Ib.*, 423).

pensamiento no se retractó, pues si escribía lo anterior en plena República, ahora, en septiembre de 1936, a dos meses del comienzo de la guerra civil y en el contexto ya de la nueva legislación, dejó consignado para sí en la intimidad de su casa, su peculiar lectura de los símbolos nacional y religioso: «Fue un disparate —escribió— mandar quitar los crucifijos de las escuelas pues con ello le dieron un sentido que no tenían, y otro disparate cambiar la bandera pues le dieron a la bicolor un sentido que no tenía. El crucifijo es símbolo de una religión inconciente popular = laica, pagana, y no ortodoxa y la bandera era nacional y no monárquica»⁴⁷.

A la luz pues de estas palabras tan recientes y de otras a lo largo de su vida, no cabe pensar que Unamuno pudiera disentir de ese deseo genérico de *españolización* de la enseñanza propuesto por la Junta de Defensa Nacional. Pero había algo en la parte articulada de la Orden que no casaba bien con su mentalidad liberal, y era el papel de inquisidor político que, como Rector en ejercicio, se le ordenaba desempeñar en los centros docentes de su distrito universitario. Ciertamente que en la etapa de su primer Rectorado (1900-1914) había dado muestras de velar celosamente por la disciplina, procurando mantener a profesores y estudiantes dentro de la normativa escolar vigente. Nunca se le pudo achacar debilidad a este respecto, a pesar de que ello le acarreó la inquina de una parte del claustro. Pero lo que ahora se le pedía era distinto, y si bien creía necesario un giro en la educación nacional, llenándola de verdadero sentido de España, o mejor, de Hispanidad⁴⁸, no era posible se conformara con la idea unívoca que de España daba a entender la citada Orden, pues se había declarado «alterutral» en repetidas ocasiones⁴⁹ y había tachado de «blasfemia» aquello de que «no puede ser buen español quien no es buen católico»...⁵⁰ Y sin embargo, como Rector, estaba obligado de oficio a cumplir directa o indirectamente el mandato de la Junta de Defensa Nacional.

En la parte articulada, decimos, se disponía que los alcaldes o sus delegados cuidaran que la enseñanza primaria respondiera «a las conveniencias nacionales», y que los juegos infantiles tendieran «a la exaltación del patriotismo sano y entusiasta de la España nueva». Asimismo se les ordenaba poner en conocimiento del Rectorado «toda manifestación de debilidad u orientación opuesta a la sana y patriótica actitud del Ejército y pueblo español, que siente a España grande y única, desligada de conceptos antiespañolistas que sólo conducen a la barbarie». También debían

47. RTV 38-39.

48. IV (1927) 1081-1084.

49. IX (1915) 317. El 17-XII-1935 explicaba así el concepto: «Que si de neutralidad —de 'neuter', neutro, ni uno ni otro— es la posición del que se está en medio de dos extremos —supuestos los dos—, sin pronunciarse por ninguno de ellos, de 'alterutralidad' —de 'alteruter', uno y otro— es la posición del que se está en medio, en el centro, uniendo y no separando —y hasta confundiendo— a ambos. La llamada dialéctica —mejor, polémica— la de la renombrada 'coincidencia de los opuestos', la del Cusano, la de Hegel, y en socialismo, la de Proudhon» (RE 382.- *Vid.* también «Caciques y caudillos» (25-XII-1935), *Ib.*, 388. Equivalente a lo de alterutral es la expresión con que a sí mismo se definió en 1932: «No soy diestro ni zurdo, sino maniego» («La bandera roja y gualda», *Ib.*, 142). *Cf.* VII (1935) 1142-1143.

50. VIII (1934) 1210.

informar «si la conducta observada por los Maestros... ha sido la conveniente en orden a las finalidades de esta disposición, o si, por el contrario, han mostrado aquéllos, en el ejercicio de su cargo, ideario perturbador de las conciencias infantiles, así en el aspecto patriótico como en el moral. En este último caso —se decía— los Rectores ordenarán con toda urgencia la sustitución de dichos Maestros...»⁵¹. Cosa parecida se disponía poco después para la enseñanza secundaria y superior. Los gobernadores civiles de las capitales del distrito universitario de Salamanca (Ávila, Cáceres y Zamora) y los alcaldes de todos los municipios, debían informar al Rector antes del 15 de septiembre «sobre los antecedentes y conducta política y moral de todo el profesorado y personal de los Centros docentes»⁵².

A los pocos días se ordenaba también a los Rectores velar para que en los libros de texto «no haya cosa alguna que se oponga a la moral cristiana ni a los sanos ideales de ciudadanía y patriotismo, que deben arraigar en el ánimo de los adolescentes, como la mejor cosecha en la obra de la educación». Asimismo se les instaba a informar a la autoridad militar «sobre la conveniencia de remover a aquellos Jefes de Centros de Segunda Enseñanza que por su conducta anterior no merezcan la plena confianza de la Superioridad en estos momentos de depuración de la conciencia nacional»⁵³. Unamuno, como Rector, debía controlar en aquellas circunstancias incluso los programas y plan docente del profesorado universitario. Habían de pasar en última instancia por una Junta formada por él, como máximo representante de la Universidad, los decanos de las Facultades y directores de los Centros Superiores «a fin de conseguir la intensificación del trabajo para llevar los Centros Superiores de Enseñanza al esplendor que la nueva España exige»⁵⁴.

Unamuno, que no era partidario de la censura⁵⁵, lo vemos convertido en cauce depurador de todos los centros docentes de su distrito universitario. La misma Junta de Defensa Nacional se dirigió a los Rectores dictándoles normas precisas de actuación para el debido cumplimiento de lo dispuesto desde el 19 de agosto en los tres niveles de la Instrucción pública⁵⁶. Respecto de la primera enseñanza, «los Maestros cuyos informes sean totalmente desfavorables por sus actuaciones anteriores, no

51. *O.C.* en n. 37.

52. *Orden 28-VIII-1936* (JDN), BOJDNE (30-VIII-1936) nº 14.

53. *Orden 4-IX-1936* (JDN) BOJDNE (8-IX-1936) nº 18. En esta Orden se suprimía «la práctica de la coeducación». En otra Orden de la misma fecha mandaba eliminar «urgente y rigurosamente» de las bibliotecas ambulantes y de las escuelas primarias las «obras de matiz socialista o comunista», autorizando conservar únicamente las «obras cuyo contenido responda a los sanos principios de la Religión y de la Moral cristiana y que exalten con sus ejemplos el patriotismo de la niñez» (*Ib.*).

54. *Orden 5-IX-1936* (JDN) acerca de la Enseñanza Superior, BOJDNE (10-IX-1936) nº 19.

55. Por no retrotraernos a declaraciones de juventud, piénsese que ya en la vejez, en 1935, con motivo de una visita al Portugal de Oliveira Salazar, a cuya entrada se requisaban periódicos no permitidos y se perseguía como sospechoso al que recibía «ciertos libros del extranjero», había dicho que la censura era «ataques a la entereza espiritual de un hombre libre» y «¡Ay del Estado —monarquía o República— que juzga tener que defenderse ofendiendo a la humanidad de tal manera» (I [1935] 720-721).-*Vid.* también «Acerca de la censura» (18-9-1935), ER 364-367.

56. *Orden 16-IX-1936* (JDN) dando instrucciones a los Rectores, BOJDNE (19-IX-1936) nº 24.

sólo en su aspecto perturbador de las conciencias infantiles, sino por su conducta amoral o antipatriótica, serán inmediatamente suspendidos [por el Rector] de empleo y sueldo»; y los «de conducta no bien definida en el informe de los Alcaldes o que por organizaciones o personalidades solventes fueren de actuación dudosa», debían consultar con quienes creyeran necesario para aclarar las dudas.

Si de los datos recibidos, merecieren ser incluidos en el apartado primero, quedarán suspensos de empleo y sueldo. Si no resultaren acreedores a esta medida radical, pero por su indiferencia en cultivar las inteligencias, conducta discutible, abandono de sus servicios, etc., apreciarán los Rectores que merecen alguna sanción de menor importancia, los suspenderán de uno a tres meses de empleo y sueldo o hasta seis meses de empleo y medio sueldo.

Finalmente, respecto de la enseñanza secundaria y profesional, como de las Universidades y Escuelas superiores, los Rectores sólo estaban obligados a remitir a la Junta de Defensa Nacional los informes que fueran recibiendo⁵⁷.

No cabe duda que el Rectorado Unamuno colaboró diligentemente en la tarea informativa y depuradora demandada por la citada Junta. En este sentido puede decirse que hizo bien sus deberes. Incluso para poder llevar a cabo en tiempo y forma dicha tarea a todas luces compleja y excesiva, el Rectorado consultó a la Junta sobre la aplicación de sanciones que debía llevar a cabo, y ordenó por su cuenta a la Sección Administrativa de Salamanca poner dos funcionarios más a su servicio «para que pueda normalizarse el exceso de trabajo con motivo de las disposiciones sobre Maestros»⁵⁸. En efecto, el mes de septiembre y la mitad de octubre; esto es, el tiempo que duró el breve Rectorado «franquista» de Unamuno, fue de una actividad verdaderamente febril en orden a cumplimentar la normativa depuradora del magisterio y profesorado en general. Se recabó informes sobre el personal docente a casi todas las autoridades del distrito universitario: a los inspectores, a los centros de enseñanza primaria y secundaria (Institutos y Escuelas Normales), a los gobernadores civiles, a los comandantes militares y presidentes de Audiencia, a los alcaldes... A su vez, se les transmitía las órdenes que se recibía de la Superioridad y se le pasaba a ella la información recabada. Una parte de esa información correspondía gestionarla directamente al Rectorado: 1º) Para hacer nombramientos de maestros, profesores o cargos allí donde, por diversas causas, faltaban los titulares. 2º) Para reponer, mantener o reintegrar en su puesto a maestros que habían sido sustituidos indebidamente por otros. 3º) Para suspender de empleo y sueldo a maestros y maestras, cosa que tuvo lugar el 6 y 9 de octubre, muy cerca ya del famoso Día de la Raza en que Unamuno se suicidó políticamente en el Paraninfo de la Universidad⁵⁹.

57. *Ib.*

58. *Orden del Rectorado 9-IX-1936 (AUSA, Libro de Registro de Salida, LR/193)*

59. Se dice expresamente que las suspensiones fueron acordadas «por este Rectorado». El día 6 recayeron en su mayor parte en maestras de la provincia de Salamanca: Pilar Anaya Hernández (Ahigal de los Aceiteros), Agustina de Antá Hernández (Aldealengua), Rosa Arroyo Barbero (Villaflores), Ángeles

Para calibrar el papel que don Miguel pudo jugar en todo este proceso, téngase en cuenta, primero, que no pudo presidir, como se ha dicho, ninguna Comisión depuradora propiamente tal por el hecho de que esta figura de carácter político-administrativo no fue creada hasta el 8 de noviembre, más de dos semanas después de haber sido cesado en su cargo de rector⁶⁰; y segundo, que a la luz de la Orden de 16 de septiembre, en ningún caso tuvo la obligación de informar directamente sobre nadie, sino sólo ser correa de transmisión hacia la superioridad de los informes que sobre el profesorado en general le llegaban de los alcaldes y autoridades provinciales civiles, militares y judiciales. Sólo en el supuesto de los maestros de primera enseñanza tuvo el Rectorado Unamuno plena potestad para imponer sanciones, y de hecho así lo hizo. Ahora bien, para poder hacerse una idea más ajustada sobre la actuación de don Miguel en este punto, es preciso averiguar el grado de compromiso personal o implicación directa que realmente tuvo en la susodicha operación depuradora; averiguar también en qué sentido fue ese compromiso directo (si lo tuvo) y estudiar caso por caso la forma en que se instruyó cada expediente, el procedimiento que se utilizó y los motivos de fondo que llevaron al Rectorado a tomar esas decisiones, o negarse a tomar medida alguna en casos que por ahora desconocemos.

Es importante averiguar estos extremos porque, independientemente de lo que el mismo Unamuno pensara sobre el hecho depurador en sí, don Miguel o sus representantes tuvieron que actuar, y sabemos que no todo fue trigo limpio en la genérica tarea depuradora llevada a cabo en la zona nacional. Al parecer hubo de todo en los informes que las diversas autoridades (sobre todo municipales) enviaban al Rectorado. Hasta tal punto debió ser la cosa que la misma Junta de Defensa Nacional tuvo que salir al paso advirtiendo que junto a «informes imparciales, en los que brilla la pureza de su intención, dados con la vista puesta en la Patria», ha habido otros que

llevados de pasiones mezquinas y resentimientos personales, olvidando sus deberes ciudadanos, resucitando al monterilla pueblerino de espíritu caciquil, o dejándose llevar de reminiscencias de regímenes que han de desaparecer y esta Junta de Defensa está dispuesta a que no resuciten, han informado, queremos creer que equivocadamente, sin darse cuenta de la alta misión que se les encomendaba, con error manifiesto, ya desfavorablemente sin justificado motivo, bien de modo favorable, no obstante saber de modo cierto que el maestro es, ante la Patria, un indeseable.

Esteban Ríos (Villar de Ciervo), Cándida Fernández Sánchez (Valdelacasa), Socorro García (Villoria), Balbino Gil (Sotoserrano), Gerardo González Torres (Cristóbal), Petra Iglesias Hernández (Buenavista), Ángela Montero Hernández (Puerto de Béjar) y Nieves Velasco Crespo (Casillas de Flores). El día 9 hubo también suspensiones de empleo y sueldo de maestros y maestras de Zamora (AUSA, *Libro de Registro de Salida*, LR/193). El día 15 hubo nuevas suspensiones, pero Unamuno, aunque todavía era *de iure* el Rector, ya había sido depuesto por sus compañeros el día anterior.

60. *Decreto 8-XI-1936* (PGE, Franco), sobre revisión total del personal de Instrucción pública, BOE (11-XI-1936) 153, n.º 27. En este error han caído, entre otros, GE 103, 124 y EVL 108.

Más aún, la Junta advertía a continuación que las autoridades que no cumplieran «con su deber» en este punto concreto de información veraz, perderían su confianza; y apelaba de nuevo a los Rectores como instrumento depurador, no ya de los maestros, sino de las mismas autoridades que no informaran lealmente. A éstas —decía— se les exigirá «las responsabilidades que les correspondan por la lenidad en el cumplimiento de su misión», y a aquéllos (a los Rectores) se les ordena

que sin pérdida de momento y desde aquel en que aparece demostrada la parcialidad [...], pongan el caso en conocimiento de la primera autoridad militar y gubernativa para que tomen las medidas necesarias a fin de que cesen en sus cargos quienes no son dignos de ostentarlos en las actuales circunstancias, y al fiscal para que exija el tanto de culpa en que pudieran incurrir el autor o autores del informe. Otro tanto harán —continúa la Junta dirigiéndose a los Rectores— con las personas y entidades que con manifiesto error, sin pruebas terminantes, influidos más por la ocasión y por ambiciones bastardas, falseen la verdad, y si alguna de éstas, que no es de presumir, pertenecieran al Clero, lo pondrán en conocimiento de la máxima autoridad eclesiástica de que dependan. La purificación nacional tiene que ser totalitaria. La Junta de Defensa Nacional no admite personalismos ni injusticias⁶¹.

Por otro lado, hay que advertir que el deseo de «purificación» ideológica en la guerra civil fue universal; fiebre que no la padeció sólo una parte, sino que se extendió como virus resistente por las venas de todo el cuerpo político sin acepción de color. Azules, rojos o negros, si bien llevados por motivos diferentes, sintieron la misma pasión depuradora. De ahí que Madrid, al igual que Burgos, intentara lo mismo en su zona de influencia. A los tres días del alzamiento el Gobierno Giral decreta el cese no sólo de los empleados y funcionarios que hubieren participado en el movimiento subversivo o revolucionario, como se le llama a veces, sino de aquellos que «fueran notoriamente enemigos del régimen, *cualquiera que sea el Cuerpo a que pertenezcan*, la forma de su ingreso y la función que desempeñen»⁶². A los pocos días se ordena a las autoridades envíen a sus respectivos Ministerios

61. Sevilla, 7-X-1936, *ABCD* fasc. 9, 36. Don Miguel miraría con buenos ojos esta circular, pues su Rectorado había tenido ya que reponer o mantener en su puesto a maestros cesados o puestos en cuarentena por alguna que otra autoridad local. Incluso anuló nombramientos hechos por algún alcalde a favor de un párroco o concejal (*Resoluciones del Rectorado* núms. 2854, 2855, 2895, 2925, 2926, 2938 de 10, 21 y 29-IX-1936. AUSA, *Libro de Registro de Salida*, LR/193). El 2 de octubre comunicó el Rectorado a los Gobernadores e Inspectores del Distrito la circular de la Junta sobre «revisión de destituciones en el personal del magisterio» (*Ib.*).

62. *Decreto 21-VII-1936* (PCM, J. Giral), disponiendo el cese de empleados públicos, GM (22-VII-1936) 770, n° 204. El subrayado es nuestro. No se quedó atrás el *ABC* republicano exigiendo depuración. Al dar la noticia de que el monárquico Pedro Muñoz Seca había sido destituido de su cargo de Jefe Superior del Cuerpo Técnico de Seguros (*Decreto de Hacienda 23-VII-1936*, Gaceta del 24), añadió estas palabras: «*ABC*, convertido desde hoy en diario del pueblo, espera y confía en recibir en su Redacción mañana mismo un número de la Gaceta, extraordinario en páginas, y con todas ellas llenas de funcionarios enemigos del régimen» (*ABCD* fasc. 2, 44. Sin fecha. Probablemente, del 25 de julio del 36). El deseo de *ABC* fue cumpliéndose literalmente en números sucesivos de la *Gaceta*, afectando la depuración a todos los ramos de la Administración en sus diferentes escalas.

información, por oficio o telegráfica, acerca del comportamiento en las actuales circunstancias del personal a sus órdenes, manifestando de modo expreso y terminante y sin ningún género de excusas, si entre el mismo existen elementos que hayan colaborado o colaboren directa o *indirectamente* en el movimiento subversivo⁶³.

Más aún, el 31 de julio todos los rectores, directores y secretarios de los Centros docentes pasaron a la situación de interinos a la espera de ser confirmados o removidos. Mientras tanto —añadía el decreto—, «continuarán en sus puestos prestando todos los servicios que al cargo van anejos y realizando bajo el dictado de la más estrecha responsabilidad, la *misión informativa* que el Decreto de 21 del mes corriente les encomienda, considerándose como grave abandono de su función cualquier negligencia en que incurrieren⁶⁴».

Más adelante, el nuevo Gobierno de la República presidido por el socialista Largo Caballero⁶⁵ —«rojo puro» al decir del general Mola—⁶⁶, pretendió también una depuración general y a fondo de la enseñanza. En declaraciones al periódico *Mundo Obrero*, de Madrid, el comunista Jesús Hernández, ministro a la sazón de Instrucción pública, respondía así a la pregunta del entrevistador sobre cuáles habían sido sus primeros pasos al tomar posesión del cargo:

En primer término —dijo— me estoy ocupando de la necesaria depuración de personal, de toda clase de personal. Es preciso depurar el personal docente, desde los organismos superiores de cultura hasta la escuela primaria. Es necesaria, irremediable, la eliminación de todos los profesores y maestros que conviertan su función de cultura en instrumento de hostilidad contra la República. Pero además —añadió— hay otro personal que también es preciso depurar muy atentamente; me refiero al señorito fascista, al parásito empapelado de títulos académicos. He de depurar el cuerpo estudiantil en las Universidades e Institutos. Se ha de entender claramente que la enseñanza de la República no puede ser un derecho ni un arma para los enemigos del régimen⁶⁷.

No eran palabras vacías del ministro, pues poco antes el director general de su Departamento había ordenado que en cada capital de provincia se constituyera una Junta encargada de nombrar maestros interinos de primera enseñanza. «La Junta —añadía— procederá a la *selección política* de las [solicitudes] presentadas, eliminando

63. *Orden 26-VII-1936* (PCM, Giral), GM (27-VII-1936) 869, n° 209. El subrayado es mío. *Vid.* la *Orden 30-VII-1936* (MIPBA/Subs., E. BAEZA MEDINA), sobre la aplicación de esta Orden, *Ib.* (31-VII-1936) 939, n° 213.

64. *Decreto 31-VII-1936* (MIPBA, Barnés), GM (1-VIII-1936) 990, n° 214. El art. 4° establecía que una vez confirmadas las autoridades o nombradas otras nuevas, se llevaría a cabo en los Centros «por personal nombrado al efecto, una inspección cuyos resultados han de servir de firme base para conseguir la finalidad que en bien de la República se persigue». A tenor pues de este Decreto, desde el 1 de agosto Unamuno pasó a ser *de iure* Rector *interino* hasta el día 22 en que fue depuesto.

65. *Decreto 4-IX-1936* nombrando PCM a D. FRANCISCO LARGO CABALLERO, GM (5-IX-1936) 1671, n° 249.

66. *ABC*. Sevilla (17-IX-1936), *ABCD* fasc. 7, 29.

67. *ABC*. Madrid (13-9-1936), *ABCD* fasc. 7, 17.

todas aquellas que se refieran a peticionarios de cuya acendrada y manifiesta adhesión al régimen se tenga duda. Para esta selección —se decía— deberán solicitar el concurso de las representaciones provinciales de los partidos políticos que integran el Frente Popular»⁶⁸. Por otro lado, después de sus declaraciones a *Mundo Obrero*, no es extraño que el nuevo ministro decretase poco después que los estudiantes que no pasaran el filtro de un Comité político, perderían sus derechos académicos⁶⁹. Tampoco extraña que nombrase un director-comisario político con plenos poderes en cada Instituto de segunda enseñanza⁷⁰.

Toda España, pues, en estado de depuración [...], en estado martirial. Era la guerra, y guerra civil [...], que, como dijo Prieto, «por civil es más dolorosa [...], desgarrón inmenso que deja al descubierto al mundo nuestras propias entrañas [...], una lucha entablada sin cuartel, a vida o muerte»⁷¹; y aparte la censura y la acción de limpieza «ideológica» general llevada a cabo en ambas zonas, ambas zonas también se preparaban, cada una a su modo, para el día de la victoria. Apenas iniciado el conflicto, todos pensaban que ya la tenían entre las manos y que iba a ser total y sin condiciones. Unos y otros tenían la sensación de estar inaugurando

68. *Orden 10-IX-1936* (DGIP, César GARCÍA LOMBARDÍA), GM (11-IX-1936) 1756, nº 255. *Vid.* la *Orden 14-IX-1936* (MIPBA/PD, Wenceslao ROCES), sobre depuración del personal docente, administrativo y subalterno de centros de enseñanza, GM (16-IX-1936) 1848-1849, nº 260. La Orden establecía que en un plazo de 10 días todo el personal debía elevar instancia al Ministerio manifestando «su deseo de seguir perteneciendo al Cuerpo y enseñanzas a que hoy pertenecen, que es adicto al Gobierno... y que condena, sin género alguno de reservas, el movimiento sedicioso...». Se aclara «que la instancia será motivo y justificación de preferencia si viene avalada por las Ejecutivas de las Sindicales UGT, CNT o Comités de los partidos que forman el Frente Popular...». Además, «de una manera provisional quedan suspensos de empleo y sueldo todos los funcionarios docentes, administrativos y subalternos de los referidos Centros que se encuentren en las provincias y zonas rebeldes, hasta tanto que sea posible una acción depuradora de la conducta y actuación política de los mismos...».

69. *Decreto 19-IX-1936* (MIPBA, Jesús HERNÁNDEZ), GM (20-IX-1936) 1899, nº 264. Decía el ministro que «los enemigos de la República no son acreedores a recibir enseñanza de ésta ni pueden aspirar a los títulos académicos que les exalten a puestos de dirección o responsabilidad en ella».

70. *Decreto 23-IX-1936 (Id)*, GM (24-IX-1936) 1949, nº 268.

71. 25-7-1936), *ABCD* fasc. 2, 5. «Es triste ley de las contiendas civiles agravar los estados pasionales de los combatientes», decía al mes del 18 de julio el presidente del Congreso, Martínez Barrios (16-8-1936, *Ib.*, fasc. 4, 34). Comentando el *ABC* madrileño el caso de aquel guardia civil que en un ataque de locura se expuso de forma grotesca e indefenso al blanco enemigo, pero que a pesar de ello fue tiroteado por los mineros republicanos, escribía: «El infeliz se ha vuelto loco. Pero la guerra es la guerra. Un certero disparo le abate para siempre» (6-10-1936, *Ib.*, fasc. 9, 11). *Vid.* también fasc. 7, 41. 45. He aquí una de las caracterizaciones que de la guerra hizo Unamuno: «Este temblor de pueblo que como los de tierra, le ha abierto las entrañas y hecho verter la lava de sus peores pasiones» (RTV 49).

72. El *ABC* madrileño escribía a menos de un mes del comienzo de la guerra: «Ni tales hombres ni los partidos que representan [Renovación Española y la CEDA] volverán a entrar en la legalidad republicana. Muertos, aherrojados y malditos, arrastrarán para siempre, por tierra extraña, el repugnante guiñapo de sus organizaciones asesinas; y el pueblo español, unánime, recordará con gesto duro, a través de su historia futura, la traición horrenda de las derechas: militares, políticos, antigua y arqueológica aristocracia y miembros de su Iglesia retrógrada, todos juntos, en montón de infamia han de caer

una nueva era de la historia de España en la que no podía tener parte el vencido⁷²; un Estado *nuevo* que habría de formarse sobre bases *radicalmente* distintas, impuestas sin apelación por el vencedor⁷³. De ahí los registros, requisas e incautaciones de papeles, libros, documentos y otros bienes que tanto republicanos como nacionales comenzaron a llevar a cabo desde los primeros meses de la contienda con destino a la ya mentada depuración universal y futura atribución de responsabilidades⁷⁴.

«La República para los republicanos», decía la prensa roja; «España —decía la prensa azul— no será más que para los españoles auténticos»⁷⁵. «Lo mejor de España está a nuestro lado [...] —proclamaban los fieles del régimen—, la España verdadera, libre y humana [...], pues no solamente representamos la causa de la civilización y la justicia, sino que, además, somos la inmensa mayoría [...]; los otros son «la traición, la barbarie, la incultura en una amalgama sangrienta [...], la España negra». A estas palabras los rebeldes replicaban que al lado del «Gobierno faccioso de Madrid» (*sic*) está

la España roja [...], la anti-España [...], la anti-Patria [...], estos antinacionales, temporeros de la Historia [...], desalmados que nunca han querido saber qué es Patria y qué es amor a España [...], Masas envenenadas por una propaganda que no podía conducir sino al aniquilamiento nacional, y sus frutos están a la vista: el asesinato,

en la misma maldición, y la Justicia de la República, sin desmayos, implacable, serena, hará oír su voz y su sentencia inapelable» (*ABCD* fasc. 4, 27). Por su parte, el *ABC* sevillano reproducía un artículo de Francisco de Cossío en que decía que había que «arrancar hasta las últimas raíces [del Frente Popular y del comunismo] para que no sea posible un nuevo retoño. No cabe ni la contemporización ni la benevolencia» (*Ib.*, fasc. 8, 26). Unamuno anota por estas fechas: «Ahora volverán Chateaubriand y De Mestre. Aniquilar-anondar. Reaparece el Angel Exterminador... Bolchevismo y fascismo son las dos formas —cóncava y convexa— de una misma y sola enfermedad mental colectiva. Exterminar [...] extirpar [...] fulminar» (RTV 25, 51).

73. En ambas zonas se era consciente de que se estaba creando en España un *nuevo* Estado (*ABCD* fasc., 13, 23; BOE, 2-X-1936, n° 1). Unamuno hablaba por enonces de «dos apolíticas» sobre las que, según él, se estaría formando ese *nuevo* Estado: «No hay Estado —decía—, anarquismo libertario; no hay más que Estado, fajismo y comunismo. Ateísmo y panteísmo» (RTV 39, 59).

74. *Decreto 13-IX-1936* (JDN) dejando fuera de la Ley a los partidos del Frente Popular y mandando incautar sus bienes, BOJDNE (16-IX-1936) n° 22. La República dispuso también la incautación de edificios, palacios, instituciones, fundaciones, asociaciones, patronatos, emisoras de radio y organismos de toda clase. Como botón de muestra véase el *Decreto 29-VII-1936* (MCM, B. Giner de los Ríos) sobre incautación de la Compañía Transmediterránea, GM (30-VII-1936) 912-913, n° 212; y el *Decreto 23-IX-1936* (MH, Juan Negrín) creando una Caja general de reparaciones de daños derivados de la guerra, con cargo a la responsabilidad civil de los rebeldes, GM (25-IX-1936) 1967-1968, n° 269. *Vid.* las «Normas que las Milicias han de observar en la práctica de registros y detenciones», *ABCD* fasc. 5, 26. «En los registros —se dice— solamente deberán incautarse las milicias de documentos, valores, armas y objetos de valor que puedan ser de utilidad». Entre las incautaciones de documentos en zona republicana con vista a la depuración de responsabilidades, *ABC* de Madrid daba noticia de algunas requisas de archivos y de documentos comprometedores calificados de «importantes o de interés» (*Ib.*, fascs. 3, 36; 4, 44; 5, 18; 6, 34. 36; 7, 32. 34; 10, 38...). También el *ABC* sevillano da noticias de incautación de documentos en su zona (*Ib.*, fascs. 2, 45; 4, 35; 6, 12...). ¿No se estaría ya trabajando en ambos lados en la creación de un futuro Archivo de la Guerra Civil? Parece evidente.

75. *ABCD* fascs. 2, 45; 3, 24. 35-36; 7, 38.

la barbarie, el robo, el incendio [...], cuanto puede esperarse de unas hordas sueltas, sin disciplina ni dirección.

Con nosotros —remachaban— está «la España blanca [...], el pueblo sano, inmune al virus del odio [...], los hombres de bien [...], el pueblo digno». Sólo hay que ver «la diferencia existente entre los buenos españoles que actúan en esta cruzada por España y sus arraigados sentimientos religiosos, y los marxistas, que son la negación de todo»⁷⁶. Si los rojos gritaban a pleno pulmón y puño en alto y crispado «¡Viva la República!» «¡Viva el Frente Popular!» o «¡Viva Rusia!», los blancos o azules gritaban con no menos fuerza, levantando el brazo y mano tendida en saludo romano «¡Viva España!», «¡Arriba España!» o... «¡Viva Cristo Rey!»⁷⁷.

Si los republicanos tachaban a los nacionales de «mesnadas facciosas» y de «hordas fascistas», estos tachaban a aquéllos de «turbas, hordas o manadas rojas [...], salvajes encarnados en la canalla marxista [...], que no ha tenido más escuela que la del crimen a mansalva»⁷⁸. Si la prensa de Madrid advertía a los jefes de la rebelión, a los jefes del «movimiento revolucionario traidores a la República» que «no escapan a la justicia de España [...], justicia pronta y ejemplar [...], tan amplia, tan completa, que en la historia de España no habrá lugar para nuevas páginas como las que ahora, con sangre, está escribiendo el pueblo laborioso». Si les anunciaban una y otra vez que serían castigados «con mano dura [...], que no habrá impunidad» y que «la guerra civil tiene que terminar con el hundimiento y la ruina del sector social que la ha provocado»; la prensa de Sevilla advertía a los «innobles directores de las masas rojas», a los jefes de la «furia marxista y antiespañola» [...], que «la hora justiciera se aproxima ineluctablemente», que «ha llegado la hora de darles la lección definitiva», y que

76. *Ib.*, fascs. 2, 24; 3, 25. 26. 32. 42; 5, 20. 44. 47; 6, 37. 39; 7, 1. 32; 8, 2. 25. 26. 44; 9, 39; 10, 7; 14, 39. 40; 15, 33. Unamuno parece no aceptar la imagen dualista que se estaba dando de España en aquellos momentos, y dejó escrito: «No son unos españoles contra otros —no hay Anti España— sino toda España, una, contra sí misma. Suicidio colectivo... La que los hotros llaman la Anti-España, la liberal, es tan España como la que combaten los hunos» (RTV 29, 31, 33). Sin embargo, desde el punto de vista religioso parece aceptar la dualidad: «A estos tradicionalistas —falangistas, etc.— les sostiene la fe en la eternidad de una causa sobrenatural, pues a lo menos creen o quieren creer. Y a los otros, a los contrarios, les sostiene la no fe, la desesperación, el sentimiento materialista de la historia... Dos mitades de España —escribió poco después— una queriendo creer y la otra desesperada de no poder creer» (*Ib.*, 27, 29).

77. *ABCD* fascs. 2, 18. 19. 39; 3, 32. 34. 36; 4, 1. 23. 40. 41; 5, 4. 11. 15. 31; 6, 5. 7. 8. 14. 26. 27. 39. 46; 7, 29. 31. 37; 8, 16. 23. 29. 44; 9, 6. 9. 14. 22-24; 10, 19. 20. 23; 12, 34. 42; 13, 38; 14, 36; 15, 34. Unamuno, con ligero apunte hermenéutico, dejó en sus notas constancia de las exclamaciones que oía en Salamanca: «Los niños aquí, en el corral, junto a las gallinas pam! pam! pam! viva España! La fe nacional. Y poco más adelante: «¡Viva España! es la expresión de su gana de vivir». Y continúa: «¡Viva España!» al estornudar. No tiene más sentido que “me cago en Dios”. «¡Qué estúpida retórica! ¡Arriba España! Y creen que han dicho algo...». (RTV 27, 29, 33, 55).

78. *ABCD* fascs 2, 6. 22; 3,13.24.32; 4,15.21; 5, 20; 6, 17; 7, 14; 8, 19; 9, 42; 10, 8. 32). Unamuno deja constancia en sus notas que estaba «asqueado de oír hablar de hordas marxistas y no compadecerlas ni pensar en su origen» (RTV 45).

cada uno recibirá el pago que merece. Aquellos que no supieron defender y conservar íntegro el sagrado tesoro que se les confiaba, a éstos, estos hombres que se han levantado para defender el honor de la Patria, les exigirán cuentas de cara al mundo entero [...] a todos aquellos que de hecho, por inducción, por negligencia o por cobardía, colaboraron a preparar el estado de asfixia moral, económica, política y social [...]. El despertar de los marxistas será tan amargo como merecen [...]. Los dirigentes marxistas recibirán el castigo merecido [...], y España no les perdonará nunca [...]; que se vayan de España y que se encarguen de regir los destinos del país hombres dignos de hacerlo»⁷⁹.

Si para los representantes del Frente Popular los militares sublevados eran «villanos de uniforme [...], unos generalitos ambiciosos, alentados por el capitalismo y el clero», la encarnación de «la negra reacción española», unos cuantos «ambiciosos criminales», una «laya de traidores [...] a su propio país [...], generales de la felonía [...], infames sicarios del pueblo», cuyas normas de gobierno son «los asesinatos más horrendos, la explotación más inicua, el crimen desatado y sin piedad, la incultura más bestial [...], defensores de lo arcaico, lo carcomido, lo que ya ha muerto definitivamente y en vano se tratará de volver a resucitar [...], esos hijos de hiena a sueldo del capitalismo, dispuestos a devastar España»; para los nacionalistas, en cambio, los generales republicanos eran «lacayos o esclavos de Moscú», la «hez del Ejército [...], y los militares que se alzaron contra el régimen, «un puñado de buenos españoles» defensores de «lo esencial y genuino español [...], tropas salvadoras del verdadero sentido hispánico [...] que no están peleando por ninguna esclavitud [...] Ejército salvador, libertador y glorioso». Valientes que rescatan a España de las «judaicas garras marxistas» y derriban «las enseñas del odio para sustituirlas por las de la paz, la tranquilidad, el bienestar y la seguridad»⁸⁰. Si para aquellos la sublevación se había intentado por quienes «sólo tienen en el corazón una caja de caudales» y a fin de instaurar «un régimen de oprobio para la clase trabajadora» y para conservar los antiguos privilegios de las oligarquías financieras y «latifundistas que matan de hambre al campesino español»; para estos la rebelión «no se determina por la defensa de unos intereses bastardos ni por el deseo de retroceder en el camino de la Historia». Se lucha para que el nombre de España

siga siendo para el mundo garantía de civilización, de decoro y derecho [...] El presente es un movimiento patriótico y de justicia, pero de justicia social fuertemente sentida e indispensable... Los que creen que estamos aquí para defender los privilegios del capitalismo, se equivocan. Combatimos por las clases medias y por los humildes. El Gobierno nacional trabaja ya en la resolución del problema social [...]»⁸¹.

79. ABCD fascs. 2, 11. 22; 3, 5. 7. 34; 4, 2. 21. 23; 5, 2; 7, 1; 10, 35; 11, 37; 12, 22. 28. 33; 14, 39. Escribe Unamuno por estas fechas palabras que probablemente pronunciara ya en el Paraninfo: «En casi todos se enciende el odio, en casi nadie la compasión» (RTV 35). Vid. también de Unamuno, n. 72.

80. ABCD fascs. 2, 6. 12. 21. 22. 24. 25. 28; 3, 10. 27. 34. 37; 4, 30. 41; 8, 19. 22. 24; 9, 41; 10, 12. 16; 11, 3; 13, 10; 14, 22. 40; 16, 22.

81. *Ib.*, fascs. 2, 7. 8. 28; 4, 34; 5, 44; 6, 41; 10,35; 11, 26; 15, 19. 20.

Si los líderes rojos se defendían diciendo que «las milicias, las fuerzas leales a la República, los comunistas, los socialistas, los anarquistas y los republicanos, respetan vidas y haciendas, protegen a los religiosos, imponen el verdadero orden, el orden de la paz y de la democracia» y denunciaban que «en nuestro país no hay más hechos vandálicos que los realizados por los generales insurrectos, que han arrasado los pueblos por donde han pasado» y los acusaban de ejercer «una violencia sin igual», de intentar imponer «un sistema de terror y de odio, sin ajustarse a norma legal ni civilizada alguna [...] y llevarlo todo a sangre y fuego, sin piedad humana ni consideración patriótica». Si periodistas republicanos recogían testimonios a pie de calle «de las tropelías y desafueros cometidos por los fascistas desde que se produjo el alzamiento», y que «los sublevados, hombres sin ley ni honor, no respetan las vidas ni las honras ajenas [...] y mujeres, niños, ancianos gimen bajo su yugo [...]»; periodistas también y jefes del alzamiento no dejaban tampoco de señalar que «a diario se cometen verdaderas atrocidades a cargo de los elementos marxistas [...], y el «salvajismo y crueldad inaudita de las masas rojas».

La población civil —denunciaban— está verdaderamente aterrada ante los diarios crímenes que por los marxistas se cometen [...], esos miserables, esas hordas salvajes de marxistas que señalan con su paso la destrucción y el saqueo por cuantas ciudades atraviesan [...], lo único que saben hacer es asesinar a hombres, niños y mujeres indefensos [...], sangre mansa de ciudadanos inermes y acobardados»⁸².

Si en el bando republicano se animaba a destruir las estatuas y a cambiar los nombres del callejero de la que llamaban la «España negra»; en el otro se restablecía la bandera bicolor y se cambiaba asimismo el callejero de la que llamaban la

82. *Ib.*, fascs. 2, 12. 28. 29; 4, 2. 15. 26. 29; 5, 4. 20. 44; 6, 2; 8, 19. Unamuno ha dejado recuerdos y juicios de los crímenes cometidos en ambas zonas. Precisamente *El resentimiento* comienza aludiendo al asesinato de Calvo Sotelo el 13 de julio, «moralmente más grave —dice— que los asesinatos de Arahal o de Baena», pueblos andaluces donde elementos afectos a la República cometieron crímenes horribos. En Arahal por ejemplo (no «Arabal», como dice la transcripción), unas 23 personas fueron encerradas y quemadas vivas. «Matanzas de curas», escribe más abajo. «¿Por qué asesinaron al obispo de Sigüenza? —sigue anotando— ¿Fieras? No; las fieras no asesinan». Y ahora en clara referencia a la zona nacional, escribe: «Deseando que haya delincuentes para gozar en castigarlos. «¿Quiénes son los malos en este pueblo?». «No los conocemos». «Tiene que haberlos». Los hunos y el azote de Dios». «Los falangistas se imponen pesadas obligaciones para cobrar derechos de venganza [...] «¿Pero qué? ¿Aquí no hay antipatriotas?». «No». «¡Qué lástima! ¿A quién vamos a matar?». Y tocándole ya de cerca por ser amigos y conocidos los sacrificados, escribe: «El que una horda de locos energúmenos, de desesperados, mate a un número de ricos sin razón ninguna, por bestialidad, no me parece tan grave como el que unos señoritos saquen a un profesor de su casa, con una orden militar, y le asesinan por suponerle... ¡masón!». Por último, algunas frases referidas a ambos lados: «El pueblo español se entrega al suicidio [...] El goce de morir matando. Un pueblo no de vividores, sino de moridores [...] Los hunos y los hotros [...] Da asco ser hombre [...] Lo terrible es que la misma desesperación que lleva a los supuestos ateos a vengarse de Dios y sus ministros les lleva a los supuestos creyentes —a los que creen creer o quieren creer— a perseguir a aquéllos [...] Lujuria y crueldad, hacer hombres y deshacerlos [...]» (RTV 19, 25, 31, 33, 35, 45, 53, 55).

83. *Decreto 29-VIII-1936* (JDN) restableciendo la bandera bicolor, BOJDNE (30-VIII-1936) n° 14. *ABCD* fascs. 2: 28; 3: 25. 26; 4: 40, 48; 5: 3, 5, 9, 12-13, 15, 17-18, 21, 46-48; 6: 6, 16, 21, 37-38; 7: 2, 7,

«España roja» [...] En ambas partes se denunciaba el bombardeo de ciudades abiertas por la aviación enemiga⁸³. Si para los representantes del Frente Popular «la lucha que en estos momentos se desarrolla en nuestro país es la lucha de la España democrática, liberal y republicana —la revolución democrática burguesa— frente a las fuerzas reaccionarias y fascistas... que representan el obscurantismo de tiempos pasados...»; si el alzamiento de los militares fue, según ellos, una «sublevación injusta de unos órganos del Estado contra el Estado [...], un criminal movimiento subversivo contra los Poderes legítimos del Estado y contra las libertades públicas, que amenaza al propio tiempo la integridad del suelo de la Patria». Para los que se alzaron en armas no cabía duda. Su alzamiento fue un acto de justicia «para salvar a España y quitar a la República de manos de los extremistas que estaban arruinando a la nación y deshonorando al régimen». El Gobierno republicano —decían— «sólo ha logrado en las altas funciones que representa el relajamiento de las funciones del Estado». Lo que ha hecho la Junta de Defensa Nacional ha sido recoger «el poder abandonado en el suelo». Por eso la lucha de hoy —decían—

no es un movimiento militar o de clase, se trata de la vida de España [...], del espíritu español frente a la ignominia extranjerizante de la propaganda comunista [...], del comunismo libertario [...], que no es otra cosa que la barbarie llevada a una realización que parecía imposible en nuestra edad [...] Esta es otra guerra de la Independencia que, como la anterior, tiene por objeto expulsar de España a las hordas extranjeras que habían acampado en ella [...], la más cruel de las dictaduras, por estar basada en el odio, el del proletariado, campando por sus respetos, persecuciones sin cuento, represalias, condenas al hambre, organizada la caza del hombre, decretado todo ello por las centrales sindicales de tipo marxista y consentidas, cuando no patrocinadas, por Gobiernos antipatriotas, abúlicos y sanguinarios [...] Nuestros soldados llevan al combate la bandera liberadora de la justicia social, de amor entre las clases⁸⁴.

Con mayor o menor precisión y detalle, lo que queda expuesto, cuadro en blanco y negro de la España en guerra extraído del *ABC doble diario*⁸⁵, lo fue conociendo Unamuno a la vez que iba desempeñando sus funciones rectorales. Es claro

10-12, 42-43; 8: 5, 8, 11, 17, 38, 44; 9: 8, 12, 14, 38-39; 10: 4, 10, 18, 25; 11: 16, 22, 25, 38, 44, 46; 12: 1, 5; 13: 4, 6-7, 10, 14, 28, 34; 14: 12; 16: 11, 14, 17, 41; 17: 19. Unamuno relata algunos bombardeos de la aviación republicana y los relaciona con las subsiguientes represalias que en la retaguardia tomaban o podían tomar los nacionales: «Después del bombardeo de avión en Ávila y Valladolid, a la cárcel a asesinar presos políticos [...] El que echó la bomba al Pilar, un desesperado y resentido de que otros logren creer [...] Un día la bomba de un aeroplano hará volar la Torre de Monterrey. Y a mi con ella... Hoy, lunes 16 XI al oír las bombas que han echado aeroplanos rojos sobre aquí, me he dicho: «El primero a quien matarán es a Villalobos». Esto es, que a este preso como en rehén le matarán estos [...] azules» (RTV 19, 27, 29, 51).

84. *ABCD* fascs. 2: 8, 11, 12; 3: 10; 4: 26, 34, 41-42; 5: 34; 6: 37; 8: 19, 26, 36; 10: 35; 17: 27.

85. *ABC doble diario de la guerra civil (1936-1939)*. Madrid: Prensa Española, 1978. El *ABC*, como afirma la publicidad encartada en el tomo I entre las páginas 24-25 del fascículo 3, fue «el único periódico que se publicó en las dos zonas contendientes informando de distinta manera sobre los mismos hechos».

que ese conocimiento, adquirido no sólo a través de la prensa escrita y la radio sino de las cartas y noticias que le llegaban por distintos conductos, tuvo que influir en su actitud hipercrítica a partir sobre todo de octubre e inspirar los últimos frutos de su *Cancionero* y las notas de *El resentimiento trágico de la vida*⁸⁶. Por ello hemos puesto ahí esa especie de autobiografía de la guerra civil, porque sin esa previa inmersión del lector en ella no podrá entender el último recodo de la vida de don Miguel. Lo que ahí aparece en primera instancia son dos concepciones diametralmente opuestas de España y de su destino histórico, pero pretendiendo cada una ser la única *verdadera*; dos maneras incluso de vivir la religión [...], pues en los dos bandos los generales condenados a muerte pedían confesión y comunión antes de ser fusilados; dos órdenes de valores en muchos puntos contradictorios, pero creyendo ambos estar en la línea de la civilización occidental [...] Y todo eso no en discusión teórica y académica sino en abrazo de sangre y de muerte.

Y Unamuno, conocedor de la situación real de España y la más concreta, penosa y dramática de personas amigas y conocidas, fusiladas o encarceladas por agentes de la sublevación, aceptó a primeros de septiembre el cargo de Rector ofrecido por la Junta de Defensa Nacional. Y si bien aprovechó su autoridad para intentar humanizar situaciones personales y familiares, también lo es que no dejó por eso de cumplir con fidelidad bien probada su cometido oficial principal: la depuración en su distrito universitario del personal de Instrucción pública. Y no sólo eso, sino a la vez que iba recibiendo nuevas noticias de encarcelamientos y de muertes por ejecución, él seguía defendiendo el alzamiento nacional y atacando con dureza al Gobierno republicano y la violencia que ocurría en su zona de influencia⁸⁷. Más aún, el 26 de septiembre asiste al Claustro ordinario del Patronato universitario en que se aprobó por unanimidad, bajo su presidencia y con su firma a la cabeza, el *Mensaje de la Universidad de Salamanca a las Universidades y Academias del mundo acerca de la guerra civil española*. He aquí el texto completo, libre de las erratas con que ha sido publicado repetidas veces⁸⁸.

La Universidad de Salamanca, que ha sabido alejar serena y austeramente de su horizonte espiritual toda actividad política, sabe asimismo que su <secular> tradición universitaria la obliga, a las veces, a alzar su voz sobre las luchas de los hombres en cumplimiento de un deber de justicia.= Enfrentada con el choque tremendo producido sobre el suelo español al defenderse nuestra civilización cristiana de Occidente, [conductora]⁸⁹ de Europa, de un ideario oriental aniquilador, la Universidad de Salamanca advierte con hondo dolor que sobre las ya [agudas]⁹⁰ violencias de <la> guerra civil destacan agriamente algunos hechos que la fuerzan a cumplir el triste

86. *Vid.* n. 5.

87. Declaraciones al periódico francés *Le Matin* publicadas el 13 de septiembre (GE 98).

88. ES 466-468.- GE 106-107. Señalo entre ángulos y en bastardilla las palabras suprimidas en dichas publicaciones y, entre corchetes, las que han sido defectuosamente transcritas.

89. En SALCEDO y GONZÁLEZ EGIDO «constructora».

90. *Ib.* «rudas».

91. *Ib.* «crueldades».

deber de elevar al mundo civilizado su protesta viril.= Actos de [crueldad]⁹¹ innecesarios —asesinatos de personas laicas y eclesiásticas— y de destrucción inútil — bombardeo de santuarios nacionales (tales el Pilar y la Rábida), de hospitales y Escuelas, sin contar los sistemáticos de ciudades abiertas—, delitos de [lesa]⁹² inteligencia en suma cometidos por fuerzas directamente controladas o que debieran estarlo por el Gobierno hoy reconocido *de jure* por los Estados del mundo. De propósito se refiere exclusivamente a tales hechos la Universidad, silenciando por propio decoro y pudor nacional los innumerables crímenes y devastaciones [acarreado]⁹³ por la ola de demencia colectiva que ha roto sobre parte de nuestra patria, porque tales hechos son reveladores de crueldad y destrucción innecesarios e inútiles, o son ordenados o no pueden ser contenidos por aquel organismo que, por otra parte, no ha tenido ni una palabra de condenación o de excusa que refleje un sentimiento mínimo de humanidad o un propósito de rectificación.= Al poner en conocimiento de nuestros compañeros en el cultivo de la ciencia la dolorosa relación de hechos que antecede, solicitamos una expresión de solidaridad, referidos estrictamente al orden de los valores < culturales > en relación con el espíritu de este documento⁹⁴.

1.4. *Inmolación*

Pero Unamuno no vivía en paz interior, como pudo vivir acaso al comienzo del Movimiento. La atmósfera, ya de por sí cargada e incierta de las primeras semanas, fue haciéndose cada vez más espesa en su alma conforme iba conociendo lo que ocurría a ambos lados de la guerra, pero más incomprensible para él la forma de la violencia ejercida en la zona nacional por ser ella la que decía representar, y en ello le cupo a él no pequeña parte en la difusión de la idea, la civilización occidental y cristiana. Junto a la percepción de esta dolorosa realidad en cierto modo lejana, el conocimiento de amigos, discípulos y conocidos, gente buena, llevados al paredón o encarcelados sin juicio previo ni mancha de sangre, o aquellas cartas de esposas y viudas que pedían su intercesión o protección, debieron de removerle las entrañas [...] Pero había dado pasos tan firmes que le era imposible volverse atrás. Así que, a lo hecho, pecho. Y entre nieblas y dudas, y aprovechando su privilegiado puesto de representante del Caudillo en la fiesta del 12 de octubre, día de la Raza, celebrada en el Paraninfo de la Universidad, hizo a toda

92. *Ib.* «esa».

93. *Ib.* «acarreadas».

94. *Libro de Actas del Claustro Ordinario*. AUSA/548, fols. 80-83. Firmaron el documento todos los presentes: Unamuno (Rector), Esteban Madruga Jiménez (Vicerrector), Celso Sánchez y Sánchez (Secretario), Teodoro Andrés Marcos, Ancochea [¿], Isidro Beato y Sala, Ramón Bermejo Mesa, Tomás Cortés Hernández, Manuel García Blanco, Antonio García Boiza, Gonzalo García Rodríguez, Andrés García Tejado, Manuel González Calzada, Wenceslao González Oliveros, Leopoldo Juan García, Francisco Maldonado de Guevara, Arturo Núñez García, José Pérez López-Villaamil, Serafín Pierna Catalán, Ramos Fernández, José María Ramos Loscertales, Nicolás Rodríguez Aniceto, Emilio Román Retuerto, Sánchez Salcedo, Isaías Sánchez Tejerina, Mariano Sesé Villanueva.- El día 28 la Universidad dio a conocer a la Junta de Defensa Nacional el Mensaje «en protesta de los atentados cometidos contra la cultura por el Gobierno rojo» (*Libro de Registro de Salida de la Superioridad*. AUSA: D1/L 160).

conciencia un acto de inmolación: levantar su voz en pleno fragor de la batalla para influir en la humanización o rectificación de aquella tragedia colectiva. Habló alto y claro a la conciencia de la España nacional allí representada, como antes lo hizo a la conciencia de la España republicana⁹⁵.

¿Qué dijo don Miguel en aquel foro de exaltación patriótica, fundidas en una misma vibración las armas, las letras y la religión [...], la Iglesia, la sociedad civil y militar [...], en instantes de alta tensión emocional⁹⁶. Sencillamente que aquella guerra tan en los ojos de todos⁹⁷ no podía significar ya a los tres meses lo que se había esperado del alzamiento y él mismo había proclamado: ser la defensa de la civilización occidental y cristiana. Para cumplir su destino le ha faltado compasión y le ha sobrado odio y venganza. De ahí que esa guerra «nuestra» —dice Unamuno—, a diferencia de la que conoció de niño en Bilbao, «es sólo una guerra incivil [...] Vencer no es convencer, y hay que convencer, sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión». Hace a continuación un quiebro en su breve discurso y, volviendo a su viejo antimilitarismo, contrapone sutilmente milicia e inteligencia, dando a entender que lo propio de aquella es dejarse arrastrar por el odio a ésta, pasión que todo lo confunde y arrastra en torbellino de

95. La Fiesta de la Raza fue organizada en la Universidad de Salamanca por la recién creada Comisión de Cultura y Enseñanza, cuyo presidente era José María Pemán. A él le hubiera correspondido presidir el acto, pero Franco quiso que fuera Unamuno quien lo hiciera en su nombre. Por eso tuvo la oportunidad de hablar de forma inesperada, fuera de programa (EVL 107).

96. Hay varias versiones de testigos que vivieron el hecho en directo. Entre la de Luis Portillo (*Vida y martirio de Miguel de Unamuno*) y la de Vegas Latapie (EVL), me quedo con esta última por ser más austera y verosímil. La otra parece hinchada y algo rebuscada. La opción no supone juicio de valor sobre éstas u otras versiones pues, como dice Vegas Latapie, «después de todo lo que allí ocurrió, las distintas versiones ofrecidas por distintos testigos pueden no responder a un propósito decidido de adulteración de la verdad. Bien sabido es que tres o cuatro testigos de un mismo hecho suelen ofrecer, a veces de buena fe, versiones diferentes de lo que han visto al mismo tiempo» (EVL 111).

97. Sólo tres muestras de muy distintas personalidades para poner de manifiesto la percepción general que a muy poco de comenzar se tenía ya del conflicto: 1) En la primera semana de agosto el socialista I. Prieto decía por radio: «Pensad conmigo que esta contienda, de la cual estamos siendo todos actores en el suelo ensangrentado de nuestra Patria, no es un simple motín, no es una trivial asonada; es una guerra, con todo el terrible acento que la palabra lleva. Es una guerra. Y, más que una guerra, es una guerra civil; es una guerra entre compatriotas, es una guerra entre hermanos». 2) Apenas unos días después, el ministro de Asuntos Exteriores de Portugal, Armando Monteiro, hablaba ya de las «condiciones de extremada violencia en que se efectúa la lucha civil en el país vecino». 3) El cardenal Gomá, arzobispo de Toledo, dijo por radio a primeros de octubre: «... Y al fango, sangre y lágrimas de un quinquenio de vergüenzas, hemos de añadir hoy los horrores de una guerra civil, la más cruenta que registra nuestra historia, con todo y ser España el país clásico de las guerras civiles. Y, ¡qué guerra! Ruinas, devastación, muertes sin cuento [...] El choque profundo, violento, de dos corrientes nacionales, que, como el de las fuerzas subterráneas que producen los seísmos destructores, ha causado esta convulsión social, que ha puesto a la nación en trance de muerte» (ABCD fascs. 3,42; 4,46; 9,29). 4) Y Unamuno: «He llorado porque una tragedia ha caído sobre mi patria. España se enrojece y corre la sangre [...], en cada hogar español hay dolor y angustia [...]» (GE 72).

oscuridad, mientras que la inteligencia es «crítica y diferenciadora, inquisitiva [...]», y por eso mismo es luz y puede abrir un espacio a la necesaria compasión.

A continuación, justo cuando las tropas de Mola estaban a punto de romper el cinturón de hierro de Bilbao, último bastión del nacionalismo vasco, y queda todavía mucho para vencer el independentismo catalán, confiesa Unamuno a los aguerridos españolistas del Paraninfo que se estaban jugando la vida en los frentes por una España unida, grande y libre (militares de todas las armas, legionarios, requetés, falangistas y otras milicias nacionales) su malestar por haber oído decir allí de vascos y catalanes que eran la anti-España. «Con la misma razón —manifiesta— pueden ellos decir otro tanto...». Frase que debió caer como una bomba en aquel recinto convertido por unos instantes en alma, centro y templo de la Hispanidad, cuya fiesta se estaba celebrando. Se refirió además, según cuenta Vegas Latapie, «a la fiereza y brutalidad de las masas populares en las dos zonas, con la única diferencia de que en una de ellas las mujeres se ensañaban matando, mientras que en la otra acudían sólo a ver matar». Cuenta también que aludió al fusilamiento del poeta filipino José Rizal, héroe de la independencia de su patria, «como ejemplo de la brutalidad agresiva e incivil de los militares».

Dice este testigo que sintió «un cierto desasosiego al oír pronunciar con elogio el nombre de quien había luchado ferozmente contra España» y, según él, fue justo en este momento cuando el general Millán Astray⁹⁸, que compartía mesa presidencial con don Miguel, interrumpió bruscamente al orador para pronunciar una breve arenga de exaltación patriótica y militar, que fue inmediatamente replicada por Unamuno. Pero Millán Astray, pisándole las palabras al Rector, se puso en pie y dio un grito que nadie se pone de acuerdo cuál fue. Unamuno en sus últimas notas parece indicar que fue «¡Muera la intelectualidad y viva la muerte!»⁹⁹; Portillo da la versión de «¡Muera la inteligencia!»¹⁰⁰; Salcedo habla de dos gritos: «¡Mueran los intelectuales!» y «¡Viva la muerte!»; en cambio, José María Pemán y Vegas Latapie, testigos bien situados en el teatro de los hechos por ocupar silla en el estrado el primero y muy próximo de la mesa presidencial el segundo, testifican que el grito del general fue acompañado por un matiz nada banal. Cuenta Pemán que cuando terminó de hablar Unamuno, «se levantó, como movido por un resorte, el general Millán Astray, inesperada y para mí innecesariamente». Su pasión era justificable en la atmósfera bélica que nos rodeaba; y no había que exigir al general que se comportase en aquel instante como un pulcro universitario. No fue discurso. Fueron unos

98. Fundador de la Legión Extranjera, el general gozaba en la zona nacional de un altísimo prestigio no sólo por su cuerpo mutilado en defensa de España, sino por sus enardecedoras y electrizantes arengas (Cf. LA CIERVA: *Historia ilustrada...*, II, O. C. en n. 10, pp. 76-77). A él le dirigían piropos tan expresivos como el que le dedicó Pemán en Cádiz en el mes de septiembre: «Ese glorioso tronco, medio consumido en el amor a la Patria» (*ABCD* fasc. 6, 37); o estos otros de periodistas anónimos: «Glorioso mutilado y heroico militar [...], ese insigne inválido [...]» (*Ib.*, fascs. 3, 24; 9, 5).- Sin embargo para Unamuno, después del incidente, era simplemente «ese grotesco y loco histrión» (EI 350).

99. RTV 53.

100. LA CIERVA: O. C. en n. 98, p. 75.

gritos arrebatados de contradicción a Unamuno. No hubo ese «muera la inteligencia» que luego se ha dicho y que denuncia claramente su posterior elaboración culta [...] Lo que dijo fue «mueran los intelectuales»... Hizo una pausa. Y como vio que varios profesores hacían gestos de protesta, añadió con un ademán tranquilizador: «los falsos intelectuales *traidores*, señores...»¹⁰¹. Por su parte, Vegas Latapie manifiesta que oyó al general «perfectamente decir: ¡Muera la intelectualidad *traidora*!». Y añade a renglón seguido:

Admito que muchos no pudieran oír la última palabra de la frase, por el tumulto que se desencadenó. Entre las imprecaciones, las amenazas y los insultos, llegó a percibirse el ruido característico de algún arma que se montaba. Insisto en que me encontraba muy cerca de Millán Astray; puedo por ello negar, rotundamente, que lanzara después ningún otro grito similar, ni mucho menos el famoso ¡Viva la muerte!, que es el grito de la Legión¹⁰².

Sea de ello lo que fuere, el caso es que la primera Fiesta de la Hispanidad de la nueva España naciente, fiesta tan exaltada y gozosa para ella, no fue en sí misma una fiesta en paz, ni siquiera en su interior. En ella, y en la circunstancia límite, dramática, en que se celebraba, chocaron dos amores y dos formas de entender patria y religión: la del intelectual liberal antidogmático, que ama sobre todo la inteligencia crítica y rinde culto a la compasión (Unamuno), y la del guerrero que ama sobre todo la inteligencia obediente y rinde culto a la disciplina (Millán Astray). Para uno y otro, en efecto, la patria iba herida y a la deriva, pero arbitran distinto remedio: el uno, marcado por la filosofía del sentimiento trágico de la vida, busca salida a través de la ética; el otro, militar profesional, en marcha la máquina guerrera, busca salida en la rendición del enemigo. Y como en toda situación en que las armas toman la palabra, la fiesta terminó con una orden imperativa radicalmente militar: «¡Unamuno —dijo el general en voz muy alta— dé el brazo a la señora del Jefe del Estado!» Y del brazo protector de doña Carmen Polo de Franco salió del Paraninfo el Rector. A su izquierda iba el obispo de la diócesis, Pla y Deniel, y rodeándolo apretadamente, un mar de brazos en alto [...]

2. CODA: ACTO FINAL (OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1936)

2.1. *Destitución del Rectorado*

El revuelo que allí se armó ha sido contado muchas veces. No es mi intención detenerme en esos hechos que, aunque interesantes, no enfilan directamente el objeto principal de este estudio. Como tampoco me detendré en la visita que hizo

101. PEMÁN, José María. *La verdad de aquel día*, ABC, 26-XI-1964, en www.abc.es/hemeroteca/historico-31-12-2006/abc/Cultura/la-verdad-de-aquel-dia_153694264375.html.

102. EVL 112-113. El subrayado es nuestro.- Cf. FRANCO SALGADO-ARAUJO, FRANCISCO. *Mis conversaciones privadas con Franco* (Barcelona 1976) 430-431.

Unamuno esa misma tarde al Casino, cuajada de indiferencia y aun de desprecios y exabruptos de antiguos amigos y contertulios [...], ni en la sesión extraordinaria que hubo también a poco en el Ayuntamiento para despojar a don Miguel de su condición de concejal. Todo eso está publicado con gran lujo de detalles. Me ocuparé sólo de los aspectos más universitarios y de todo aquello que pueda ayudar a una mejor comprensión de su último pensamiento. Sin embargo, no me resisto a sugerir que de no haber estado Millán Astray en el Paraninfo, quizá no hubiera pasado nada. Las palabras del Rector hubieran sido recibidas, si no con general asentimiento —imposible en aquella circunstancia—, sí al menos con frialdad e indiferencia, y con recelo si se quiere, pero lejos en todo caso del arrebatado pasional tan típico del citado general. «En mi interior yo estaba de acuerdo con casi todo lo que decía Unamuno —escribía años después el monárquico católico Vegas Latapie, testigo privilegiado del acto—. Muchas de sus afirmaciones eran de puro sentido común, aunque en aquella ocasión resultasen explosivas»¹⁰³. En todo caso, lo que no admite duda es que lo que *directamente* ocasionó el revuelo no fueron las palabras de don Miguel sino la extemporánea y destemplada intervención del fundador de la Legión. Su oposición frontal y pública a la clase intelectual «traidora», señalando con no disimulada intención al propio Rector, fue suficiente para desatar contra él la caja de los truenos y de los resentimientos bien guardados en la mente de algunos. Acaso había en la sombra un sector hostil que, agraviado de antiguo o receloso de su sinceridad para con el movimiento, se sintió ahora alentado por la pública acusación del general, dando rienda suelta a pasiones y sentimientos largamente reprimidos.

Sea lo que fuere, dos días después del incidente; esto es, el 14 de octubre, se reunió el Claustro ordinario de la Universidad presidido por el profesor D. Manuel González Calzada, decano de la Facultad de Ciencias, que dio lectura a la siguiente proposición:

El Claustro de la Universidad de Salamanca, al retirar por unanimidad la confianza a su actual Rector, considera el cargo como vacante; y usando de su facultad de presentar las Autoridades académicas, propone al Alto Mando para el cargo de Rector de esta Universidad, al catedrático D. Esteban Madruga Jiménez¹⁰⁴.

No hubo discrepancias en cuanto al fondo. La misma Universidad que a finales de agosto propuso el nombre de Unamuno para Rector es la que ahora, «por completa unanimidad», pedía su destitución¹⁰⁵. En ello, todos conformes; la discrepancia vino en relación con la propuesta de sustituto, que dio lugar a un ligero

103. EVL, 112. El propio Pemán no estaría muy lejos de la opinión de Vegas Latapie. A él le encomendó hablara con Franco para informarle de lo ocurrido y «para poder precisar el alcance y las consecuencias del hecho». A los pocos días, desde Cádiz, le escribía aún preocupado «por cómo terminó todo lo de Salamanca» (*Ib.*, 113). Años después, el propio Pemán recordó personalmente a Franco el «caso» Unamuno (PEMÁN, J. M.^a *Mis encuentros con Franco* (Barcelona 1976) 141. *Vid.* también n. 101.

104. *Libro de Actas del Claustro Ordinario de la Universidad de Salamanca* (AUSA: 548) fol. 83-84.

105. *Vid.* n. 35. Recordando el hecho, escribe Unamuno: «Me destituye Madrid; me restituye Burgos. Y luego me destituyen *mis compañeros*» (RTV 41). El subrayado es nuestro.

debate. Uno de los profesores, Emilio Román Retuerto, creyó que debía dejarse dicho punto a la iniciativa de la Superioridad, mientras otros, como Teodoro Andrés Marcos seguido por algunos, defendieron que la Universidad, con indicación o no de la Superioridad, debía ejercitar el derecho de propuesta, «y que al no hacerlo así, equivaldría a renunciar a las prerrogativas y atribuciones que le son propias». A estas palabras siguieron réplicas, adhesiones y contrarréplicas [...], en definitiva un típico debate claustral, aunque en medio de una circunstancia excepcional. Quizá por eso un joven y entusiasta César Real de la Riva tomó la palabra para lamentarse de que «mientras todos defienden a España, parece que la Universidad lo hace, cuando más, individualmente». Añade que se conforma con la propuesta de Rector a favor de don Esteban Madruga y entiende que la Universidad «debe expresar claramente su colaboración y adhesión al Glorioso Movimiento Nacional, pues parece que las gentes no se muestran muy conformes con el proceder de los intelectuales». Creyó pues don César que la Universidad, como cuerpo visible de la inteligencia, debía decir una palabra clara y oportuna en aquella circunstancia tan singular y manifestar sin la menor sombra de duda su adhesión al Movimiento, justo cuando la sospecha de desafección, o al menos de falta de entusiasmo, se había cernido sobre parte del Estudio dos días antes con motivo de la intervención de Unamuno. Pero el Claustro no quiso hacer esa declaración expresa, y se contentó con aprobar «por completa unanimidad» la propuesta tal como fue presentada¹⁰⁶. Ocho días después Franco disponía el cese de don Miguel como Rector, decisión que no tuvo efecto oficial hasta el día 28 en que fue publicado el decreto¹⁰⁷.

Obsérvese que esta disposición sólo hacía mención de su «cese en el cargo de Rector». Para nada se aludía a la Cátedra especial de su nombre, cuya continuidad se daba por entendida. La propia Universidad lo puso así de manifiesto en actos de su competencia. Por ejemplo, el 16 de noviembre remitía al delegado de Hacienda, junto con otras nóminas, la «especial» de don Miguel de Unamuno correspondiente

106. Asistieron al Claustro los profesores: Teodoro Andrés Marcos, Isidro Beato y Sala, Ramón Bermejo Mesa, Bullón Ramírez, Darío Carrasco Pardal, Tomás Cortés Hernández, Manuel García Blanco, Antonio García Boiza, Gonzalo García Rodríguez, Andrés García Tejado, García de la Villa, Primo Garrido Sánchez, Manuel González Calzada (Presidente), Teodoro V. López Jiménez, Francisco Maldonado de Guevara, Maldonado Íñigo, Arturo Núñez García, Godeardo Peralta y Miñón, Julio Pérez Martín, Serafín Pierna Catalán, Fermín Querol Navas, José María Ramos Loscertales, César Real de la Riva, Ignacio Ribas Marqués, Nicolás Rodríguez Aniceto, Emilio Román Retuerto, Sánchez Salcedo, Celso Sánchez y Sánchez (Secretario), Isaías Sánchez Tejerina, José Serrano y Serrano, y Serría Salvador.

107. *Decreto nº 36 de 22-X-1936* (BOE 28-X-1936, nº 14, p. 53). He aquí el texto del decreto: «Vengo a disponer cese en el cargo de rector de la Universidad de Salamanca don Miguel de Unamuno y Jugo. Dado en Salamanca, a 22 de octubre de 1936.- Francisco Franco». La prensa republicana comentó irónicamente: «Ignoramos si el motivo de la destitución del Sr. Unamuno es que ha vuelto a disputar con los comandantes o que, por el contrario, le han ascendido a teniente coronel de Instrucción pública del Gobierno de Burgos» (Madrid [3-XI-1936], en *ABCD* fasc. 11, 41). La toma de posesión del nuevo Rector fue comunicada a la Comisión de Cultura y Enseñanza el 2 de noviembre. Y el día 12 se le dice que «hallándose vacante el Vicerrectorado, se propone para el cargo a D. Teodoro Andrés Marcos, Catedrático de Derecho» (*Libro de Registro de Salida de la Superioridad*. AUSA: D1/L 160).-

a los haberes de dicho mes por conferencias en la Cátedra de su nombre. Lo mismo ocurría el 10 de diciembre [...] Clara señal de que no fue suspendido de empleo y sueldo, como lo fue por el Gobierno republicano, sino sólo de su cargo de Rector¹⁰⁸. Más adelante veremos otras actuaciones significativas de la Universidad en este mismo sentido.

2.2. La soledad del «apestado»

Hasta el 28 de octubre Unamuno fue *de iure* el Rector de la Universidad y, aunque sospechara de movimientos adversos, aún pudo conservar un hilillo de ilusión. Desde ese día, en plano inclinado de pesimismo escéptico, teñido a veces de penumbra y claroscuro, sintió las horas «vacías»; los días, «sin valor»; su pecho, «frío, cerrado, deshecho [...]»; «su esperanza [...], derretida». Nada mejor para vislumbrar su estado de ánimo a partir de entonces que el poema que compuso aquel día 28, sabedor tal vez ya de su contenido.

Horas de espera, vacías;
se van pasando los días
sin valor,

y va cuajando en mi pecho,
frío, cerrado y deshecho,
el terror.

Se ha derretido el engaño
alimento me fue antaño!
¡pobre fe!

lo que ha de serme mañana
... se me ha perdido la gana...
no lo sé...!

Cual sueño de despedida
ver a lo lejos la vida
que pasó,

y entre brumas, en el puerto
espera muriendo el muerto
que fui yo.

Aquí mis nietos se quedan
alentando mientras puedan
respirar...

la vista fija en el suelo
¿qué pensarán de un abuelo
singular?

28 de octubre de 1936¹⁰⁹

Don Miguel no fue ya el mismo desde el choque con Millán Astray. Secuela directa e inmediata de ello fue su completa marginación social. Desde ese día, como en efecto dominó, se le fueron cerrando todas las puertas de la Salamanca oficial [...], y algunas de viejos amigos y conocidos. De la noche a la mañana fue obligado a retirarse, ya para siempre, a sus cuarteles de invierno. De pronto se convirtió por así decirlo en la bestia negra del Ejército, que en julio le había reservado su puesto de concejal en el nuevo Ayuntamiento [...]; del propio Ayuntamiento, que le había honrado haciéndolo su portavoz el día de su nueva andadura [...];

108. *Libro de Registro de Salida de la Superioridad, 1934-1944*. AUSA: D1/L. 160. Las nóminas especiales de remuneración por conferencias en la Cátedra Miguel de Unamuno correspondientes a los meses de septiembre, octubre, noviembre y diciembre, en AUSA: D1/6 (026) 48. 54. 60. 69.

109. VI, 1420 (Nº 1743 del *Cancionero*).

del Casino, que tan orgulloso se sentía contándolo entre sus socios más ilustres [...]; y de la Universidad, centro de su centro[...], niña de sus ojos [...], que a pesar de antiguos recelos y contiendas en torno a su persona, por dos veces tomó corporativamente la iniciativa para encumbrarlo al Rectorado. Nada le quedaba ya al anciano don Miguel en Salamanca a partir del 12 de octubre, salvo algunas amistades particulares de disparejo perfil ideológico, sus recuerdos más íntimos y las preocupaciones fundamentales de su triángulo mágico (Dios, España, Muerte/Inmortalidad) [...], que no dejó nunca de rumiar¹¹⁰.

Solo una vez más, apenas si pisa la calle [...], y cuando lo hace, un policía lo sigue a todas partes [...], «a respetable distancia». Recogido pues en su hogar, sobre todo desde mediados de noviembre, ahora vigilada y convertida en «disfrazado encarcelamiento [...], cárcel desdichosa»¹¹¹, no deja de conceder entrevistas a escritores y periodistas y de escribir y meditar al hilo de las noticias que le van llegando por distinto conducto, la mayor parte relativas a la tragedia de la guerra y a los primeros pasos constitutivos del nuevo Estado. De ello pues y de sus recuerdos personales, recientes y pasados, va sacando argumento para volver a pensar y sentir no ya los grandes temas de su vida, que también, sino su misma vida enmarañada en su trágica circunstancia. Su mundo todo que, aunque en sí problemático, parecía firme a su conciencia, pierde consistencia y claridad [...], cobra nueva luz (más débil y penumbrosa...) a la vista de la revolución y guerra de España. Veámoslo a través de sus últimas entrevistas, cartas, poesías del *Cancionero* y de su *Resentimiento trágico de la vida*, esas notas de intimidad un tanto herméticas a veces por la expresión condensada, pero no por ello menos sugerentes y esenciales para conocer su último pensamiento. «¿Para qué escribo esto? —se preguntaba en medio

110. A finales de octubre o primeros de noviembre anota Unamuno que sigue «pensando los mismos pensamientos que desde hace 40 años pero bajo el peso de este arrebataador huracán» (RTV 47).

111. Dejó escrito en *El resentimiento*: «No quería ya salir de casa, a la plaza [...] Salgo a la plaza por no estar solo en casa y me encierro por no salir [...]» (*Ib.*, 29, 33). Cuando a mediados de noviembre se acerca el periodista polaco Román Fajans a Salamanca, deseoso de hacer una entrevista a don Miguel, se dirige al parecer primero al Rectorado, donde «al fin le dijeron que ‘el señor Unamuno no va a la Universidad, pero se le puede visitar en su casa particular [...], enfrente de la tan bonita plaza Monterrey» (SAWICKI, Piotr. «Una última entrevista con Miguel de Unamuno», *Insula* [1987]: 14, n.º 488-489). A su sucesor en el Rectorado, Madruga, le escribe el 23 de noviembre que ha decidido no salir ya de casa desde que se ha percatado de que el policía que le sigue «es para que no me escape —no sé adónde— y así se me retenga en este disfrazado encarcelamiento como rehén no sé de qué ni por qué ni para qué» (EI 349). Cuatro días después dice a Francisco de Cossío: «No creo que vayan a fusilarle a usted, pero acaso a encarcelarle o a retenerle confinado en su casa, como me retienen a mí. Y me retienen por haber dicho *toda* la verdad» (ROBLES, L. «Otras lecturas del ‘Epistolario inédito’ de Unamuno», *El País*, Babelia [10-7-1992]: 15). Casi lo mismo le cuenta a Quintín de Torre el 1 de diciembre: «Empiezo por decirle que le escribo desde una cárcel disfrazada, que tal es hoy esta mi casa. No es que esté oficialmente confinado en ella, pero sí con un policía —pobre esclavo!— a la puerta que me sigue a donde vaya a cierta distancia. La cosa es que no me vaya de Salamanca, donde se me retiene como rehén no sé de qué ni para qué. Y así no salgo de casa» (EI 350).

112. RTV 45.

de esas notas— Para remedio. No. Para conocimiento del mal. Si uno se muere saber de qué se muere»¹¹².

2.3. Nueva y definitiva crisis

Le afectó tanto aquella trágica circunstancia en su indivisa y compacta realidad, que lo dejó descolocado respecto de sí mismo y de su obra. Uno y otra entraron en una nueva y definitiva crisis, de la que ya no tuvo tiempo de recuperarse ni dar cuenta de ella en obra pública de bien cortada factura. Lo que había pensado hasta ahora en el dominio de sus preocupaciones fundamentales —su triángulo mágico— parece perder en los dos meses y medio que le restan de vida la tersura y definición de otros tiempos [...] «La experiencia de esta guerra —se dijo a sí mismo— me pone ante dos problemas, el de comprender, repensar mi propia obra empezando por *Paz en la Guerra* y luego comprender, repensar España»¹¹³. Al ir tomando notas para otra posible novela¹¹⁴, se da cuenta de la profunda transformación que se ha operado en su espíritu al contacto de una realidad social y bélica tan diferente de la que creyó vivir en su infancia y mocedad. Si la guerra carlista de su niñez la había estudiado «con cariño»¹¹⁵ y había dicho de su primera novela que era el «relato del más grande y fecundo episodio nacional [...], choque que produce la vida»¹¹⁶; de la guerra civil (incivil) que estaba sufriendo y anotando en carne viva de presente no podía decir lo mismo, ni podía estudiarla sino con repugnancia y miedo. Ha descubierto en ella, bajo su costra aparentemente dual, un espíritu destructivo común, un espíritu maléfico que no busca la paz en la guerra sino la aniquilación, el anonadamiento del otro¹¹⁷. Y descubre que no hay dos Españas, como pudo haberlas en la carlistada de su infancia, cuando se abrazaban en abrazo

113. RTV 31-33. Poco antes había expresado de otra forma esta su última crisis al decir que «no quería ya salir de casa, a la plaza. Pues ya no me parecían los hombres y mujeres, como antes, personajes soñados, novelescos, creaciones mías, sino de *carne y sangre* —sobre todo de sangre— que irrumpían en la eterna idealidad. ¡Y los niños! El mundo no era ya mi representación» (*Ib.*, 29). El subrayado quiere poner de relieve la contraposición entre la vieja y habitual preocupación unamuniana por el hombre de *carne y hueso* y el matiz que ahora se le aparece con más fuerza, la *sangre*.- Para Unamuno soñar ha sido siempre crear y vivir, no dormir. Pero a raíz de su nueva experiencia, reconoce la falta de inspiración creadora —otra manifestación de su crisis— en estas palabras: «¡La vida es sueño!». No, no, esta vida mía, mi vida, es un sueño, no sueño» (*Ib.*, 35).

114. *El Resentimiento* no pretendía ser sólo un relato de la guerra, sino de la revolución frentepopulista intentada durante la República y la misma guerra. Habría que ver esas notas como el esquema de la anti-novela de *Paz en la guerra* (1897) y de la sociedad que tras ella se manifiesta. *Vid.* una descripción de *El resentimiento* en GE 174-176, 181-182, 187-188.

115. II, 9.

116. *Ib.*, 92. A aquella guerra de su niñez la llamó «doméstica, no civil. No había odio (esos caribes y fariseos). ¿O es que yo la sentí con alma de niño? De seis bombas en mi casa no mataron a nadie» (RTV 53). A los carlistas les llamaban en su Bilbao natal «caribes y fariseos».

117. Pasado el trago del 12 de octubre, Unamuno confiesa que le «iban horrorizando los caracteres que tomaba esta tremenda guerra civil sin cuartel...» (DE 100). *Vid.* n. 72.

de muerte, sí, pero para salvarse mutuamente carlistas y liberales, tradición y revolución [...] No, ésta es «una íntima e intestina guerra religiosa de toda España contra sí misma [...] No son unos españoles contra otros —no hay una Anti España— sino toda España, una, contra sí misma. Suicidio colectivo». Y repite a poco: «No una España contra otra —la Anti España— sino toda España contra sí misma»¹¹⁸. Y con esa falta de ortografía, tan voluntaria y expresiva, Unamuno acabó diciendo: «La que los hotros llaman la Anti-España, la liberal, es tan España como la que combaten los hunos [...] España es un valor comunal histórico pero dialéctico, dinámico, con contradicciones íntimas»¹¹⁹.

Desde este monismo representativo ve Unamuno a toda España, y —¡cómo no!— también a su juventud. Toda ella está psíquica y moralmente enferma. A su juicio, los jóvenes de los dos bandos beligerantes odian a la inteligencia y al espíritu y por tanto ninguna de las dos juventudes es hoy por hoy espejo de la verdadera o auténtica España, de la que se esperaba (que él esperaba) habría de nacer «nueva» de esta catástrofe [...], ni tampoco puede trazarse una raya claramente definitiva y distintiva desde el punto de vista moral y político¹²⁰. No parece sino que ante los horrores de la revolución y sobre todo ante el «régimen de terror» y los crímenes de guerra patentes en ambas zonas, se ha quedado sin palabra, sin criterio histórico y moral a la hora de juzgar o discriminar conductas y doctrinas. Y aunque ya venía de atrás su indiferencia expresiva por determinados términos de clasificación política (derecha-izquierda, marxismo-fascismo...), parece que a partir de agosto empieza a usar la extraña ortografía asimilativa mencionada más arriba. Con ella Unamuno metía en el mismo saco a nacionales y republicanos, a rojos y azules: «Entre los hunos y los hotros —decía— están descuartizando a España [...] Los hunos y los hotros [...] Los motejados de intelectuales les estorban a los hunos y a los hotros [...] Entre marxistas y fascistas, entre los hunos y los hotros —repite más tarde— van a dejar a España inválida de espíritu»¹²¹.

118. RTV 29, 31.

119. *Ib.*, 21, 33. Unamuno puso sintéticamente en relación toda la historia de España, en sí una, la misma y dialécticamente solidaria: «¿Anti-España? ¿Tradición? Historia-Tradición altamirana, ibérica, románica, gótica, arábica, reyes católicos, hispánica, habsburgiana, borbónica, Cortes Cádiz liberal, guerras civiles, republicana y todo uno, con sus fecundas contradicciones íntimas» (*Ib.*, 29).

120. «Me temo —escribía el 1 de diciembre— que una gran parte de nuestra juventud caiga en la innoble abyección en que han caído las juventudes de Rusia, de Italia y de Alemania» (EI 351). *Vid.* la entrevista de Kazantzakis a Unamuno en GE 155.

121. RTV 21, 35, 43.- EI 350, 352.- ROBLES: *O.C.* en n. 111. «Las inauditas salvajadas de las hordas marxistas, rojas —dice al periodista Tharaud—, exceden toda descripción y he de ahorrarme retórica barata [...] Y la natural reacción a esto toma también muchas veces, desgraciadamente, caracteres frenopáticos. Es el régimen del terror. España está espantada de sí misma. Y si no se contiene a tiempo llegará al borde del suicidio moral. Si el desdichado gobierno de Madrid —sigue diciendo— no ha podido querer resistir la presión del salvajismo apellidado marxista, debemos esperar que el gobierno de Burgos sabrá resistir la presión de los que quieren establecer otro régimen de terror» (DE 100).

122. RTV 37.

Es clara, pues, la asimilación que ha hecho de los bandos en lucha y de ahí también su negra y pesimista percepción de aquella España ahogada en «resentimiento trágico de la vida [...] fundado en miseria corporal»¹²². España, toda ella, es ahora para Unamuno «un pueblo de resentidos [...] Un pueblo no de vividores, sino de moridores [...], temblor de pueblo que como los de tierra, le ha abierto las entrañas y hecho verter la lava de sus peores pasiones [...]»¹²³. Hacia mediados de noviembre, el periodista polaco R. Fajans recogió de labios de don Miguel estas palabras:

Tengo que reconocer que no esperaba una carnicería tan grande como la que tenemos ahora. Estoy horrorizado, aturdido por lo que está pasando ahora en España. Aturdido y sorprendido. No puedo pensar en otra cosa. ¡Tanto baño de sangre y tanto crimen! ¡Tanta crueldad sin límite! ¿Qué fuerzas demoníacas estaban adormecidas en el alma de esta nación? ¿Qué veneno corría por sus venas?... Esto es una locura, una locura general y masiva, es una especie de psicosis y además *en ambos bandos*. No sé si sabe usted que en ningún sitio de Europa hay tantas taras hereditarias como en España. Y estos son los resultados. España es una *nación enferma*...¹²⁴.

2.4. *Síntesis: de la adhesión a la desafección*

Después de lo que llevamos visto ¿qué hay que decir de la actitud de Unamuno en relación con el alzamiento militar? Veámoslo en tres puntos:

1º. Al principio fue una adhesión clara y decidida en virtud de los valores que creyó representaba el movimiento: Orden, justicia, paz, fraternidad, libertad, igualdad [...], dique contra el «estallido de malas pasiones» (anarquismo) y amparo de la civilización occidental y cristiana [...], raíz de la España histórica [...]»¹²⁵ «Esta lucha —repetía aún a mediados de agosto— no es contra la República liberal, es una lucha por la civilización [...] No es una guerra entre liberalismo y fascismo, sino entre civilización y anarquía»¹²⁶. Todavía al mes siguiente, mediado septiembre, declara que

se habla de una guerra de ideas, pero en esta guerra —dice— no hay ninguna idea a debatir. Se trata de vencer a un tirano [...] No hay gobierno en Madrid; hay solamente bandas armadas, que cometen todas las atrocidades posibles. El poder está en manos de los presidiarios que fueron liberados y empuñaron las armas. Azaña nada representa [...] Es él el gran responsable de lo que acontece. Cuando el movimiento surgió creyó que se trataba de un simple pronunciamiento. No comprendió que había un pueblo dispuesto a unirse al ejército. Sólo pensó en el Frente Popular, sin tener en cuenta que los campesinos, los obreros y los pequeños burgueses que vivían con dificultades eran más pueblo que los elementos del Frente

123. *Ib.*, pp. 21, 25, 49.

124. SAWICKI, Piotr. *O.C.* en n. 111, p. 14.- Los subrayados son míos.

125. GE 54-55, 71-74.

126. *Ib.*, 75.

Popular, y armó a unos hombres, que en el momento que se encontraron con un fusil en la mano, se transformaron en bandidos. La lucha será larga, muy larga y espantosa; me estremezco pensando en Cataluña. ¡Qué locura imbécil la de la idea separatista aliada a la anarquía!¹²⁷.

Después del incidente de octubre, cuando Unamuno había iniciado ya su crítica a la España nacional y había comenzado a hacer su particular unificación moral de los bandos, varias veces explicó los motivos de su inicial adhesión al alzamiento. Creyó que traería orden a la sociedad española. Se lo confesó a N. Kazantzakis apenas apagados los últimos ecos del Paraninfo, siendo todavía Rector¹²⁸. Y entre finales de octubre y primeros de noviembre, caído ya en desgracia, manifestó a Tharaud que «apenas iniciado el movimiento popular salvador que acaudilla el general Franco, me adherí a él diciendo que lo que hay que salvar en España es la civilización occidental cristiana y con ella la independencia nacional, ya que se está aquí, en territorio nacional, ventilando una guerra internacional». Insiste más adelante en algo que también influyó en su compromiso inicial, y es que

en un principio se dijo, con muy buen sentido —comenta don Miguel—, que ya que el movimiento no era una cuartelada o militarada sino algo profundamente popular, todos los partidos nacionales anti-marxistas depondrían sus diferencias para unirse bajo la única dirección militar sin prefigurar el régimen que habría de seguir a la victoria definitiva.

Más aún, sigue insistiendo por estas fechas «en que el sagrado deber del movimiento que gloriosamente encabeza Franco es salvar la civilización occidental cristiana y la independencia nacional, ya que España no debe estar al dictado ni de Rusia ni de otra potencia extranjera cualquiera...»¹²⁹.

Mediado noviembre, sigue pensando igualmente que el origen de tanta desgracia que aflige a España está en la etapa republicana y frentepopulista, y que el movimiento nacional y su particular adhesión han nacido como reacción a aquella época infausta.

Todo empezó —manifiesta al periodista polaco Fajans— hace cinco años con una revolución, que además no ha sido tal cosa. Hicieron toda una serie de innecesarias manifestaciones contra la Iglesia y contra la tradición [...] Si en aquel entonces hubiesen creado una república conservadora que hubiera sido capaz de respetar la individualidad de cada uno y la libertad del espíritu [...] Pero ¡qué va! Empezaron a experimentar. Jugaban a una república federal, jugaban a proyectos de reformas, por otra parte imposibles de realizar. Jugaban como niños con un juguete nuevo.

127. *Ib.*, 98-99.

128. *Ib.*, 157.

129. DE 100-101.

Y dice acto seguido:

Apoyé con toda mi alma al general Franco. Las bestialidades de aquéllos, su falta de respeto para con las libertades elementales del espíritu humano, el destrozo de los bienes culturales, todo esto me llenó de la más profunda repugnancia. Al principio Franco apoyó, y con razón, la postura de que el futuro régimen de España no debía ser el objeto primordial en aquel momento, que ya habría tiempo para eso más tarde¹³⁰.

2º. Sólo a partir de octubre hay señales claras de que su inicial adhesión ha entrado en crisis. Esta irá haciéndose poco a poco más crítica y circunspecta, si bien hay que esperar todavía unas semanas para que la desafección se muestre en toda su crudeza. El síntoma más llamativo del inicio de esa crisis fue la equiparación de los bandos, cosa que comenzó a hacer públicamente en el acto del Paraninfo. Dijo allí entre otras cosas: «Se ha hablado aquí de guerra internacional en defensa de la civilización cristiana; yo mismo lo he hecho otras veces. Pero no, la nuestra es sólo una guerra incivil...». Naturalmente, siendo notorio que en las dos zonas en conflicto se estaban cometiendo salvajadas y que no era posible saber entonces cuál de los contendientes iba a ganar la guerra [...], esa frase, viniendo de quien venía, es posible fuera dirigida a la nación en armas¹³¹. Por eso pudo decir en modo impersonal, como proclamando un principio de acción moral universalmente válido, que «*vencer no es convencer* y hay que convencer, sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar a la compasión [...]»¹³². El principio, como veremos, lo recordará así formulado, en infinitivo, varias veces en los pocos meses que le quedan de vida¹³³. Sin embargo, aun referido acaso a las dos partes, es lógico

130. SAWICKI, P. *O.C.* en n. 111, pp. 14-15. Sobre lo que hemos dicho de su «soñada» III República, *Vid.* n. 24. Las palabras dichas por Unamuno en diferentes ocasiones, si bien hay que tomarlas con prudencia en su literalidad, parece que sintonizaron siempre con las de Franco al iniciar el movimiento: «La situación de España es cada día más crítica —dijo Franco desde Tetuán el 21-7-1936—; la anarquía reina en la mayoría de los campos y pueblos; autoridades de nombramiento gubernativo presiden, cuando no fomentan, las revueltas; a tiro de pistola y ametralladora se dirimen las diferencias entre los ciudadanos que alevosa y traidoramente se asesinan, sin que los poderes públicos impongan la paz y la justicia [...] Los monumentos y tesoros artísticos son objeto de los más enconados ataques de las hordas revolucionarias [...] La Constitución por todos suspendida y vulnerada, sufre un eclipse total: ni igualdad ante la ley; ni libertad, aherrojada por la tiranía; ni fraternidad, cuando el odio y el crimen han sustituido al mutuo respeto; ni unidad de la Patria, amenazada por el desgarramiento territorial, más que por regionalismo, que los Poderes fomentan...» (*O.C.* en n. 10. *Vid.* en n. 125 las palabras de Unamuno). *Vid.* también nn. 10 y 20 la referencia de Unamuno a la inicial indefinición de la forma de Gobierno.

131. Unamuno lo tenía claro. Prueba de ello es la confesión que hace el 1 de diciembre a Quintín de Torre a propósito de *Paz en la guerra*. En ese poema —dice a su amigo— «canté al Bilbao de nuestra otra guerra civil. Que aquélla sí que fue civil. Y hasta doméstica. Esta no; esta es incivil. Y peor que incivil. *Por ambos lados, por ambos lados. Y luego por ambos lados a calumniarse y a mentir...*» (EI 351).

132. ES 472. Lo que está claro, avalado por el propio testimonio de Unamuno, es que no se dirigió a la concurrencia del Paraninfo para decirle a ella sola «¡venceréis, pero no convenceréis!». Esa expresión es corrupción posterior —intencionada o no— de las palabras de don Miguel.

133. Pemán confirma por su parte las palabras de Unamuno: «Recuerdo —manifestó algunos años después— que combatió el excesivo consumo de la palabra «Anti-España»; que dijo que no valía sólo «vencer», sino que había que «convencer»» (*O.C.* en n. 101).

que la única que estaba allí presente fuera la que se sintiese directamente interpelada por ese principio y recibiera la frase como reproche dirigido exclusivamente a ella. Lo importante es ver cómo Unamuno empezaba a equiparar en su crítica a rojos y a azules, señal de que ya por entonces, de manera clara y pública, su adhesión inicial a una de las partes había comenzado a perder fuerza [...]

Pocos días después del incidente, siendo todavía Rector, acusa a ambas zonas también, sobre todo a la juventud, de falta de fe, de inteligencia, de espiritualidad [...], y por eso ocurre lo que ocurre. La guerra, viene a decir, es una consecuencia de la decadencia espiritual, moral, religiosa y cultural del pueblo, de la juventud [...]

Estoy desesperado —dice a N. Kazantzakis sobre el 20 de octubre— ¿Usted piensa sin duda que los españoles luchan y se matan, queman las iglesias o dicen misas, agitan la bandera roja o el estandarte de Cristo porque creen en algo? ¿Que la mitad cree en la religión de Cristo y la otra mitad en la de Lenin? ¡No! ¡No! Escuche bien, ponga atención en lo que voy a decirle. Todo esto sucede porque los españoles no creen en nada. ¡En nada! ¡En nada! Están desesperados [...] Los jóvenes no se limitan a menospreciar el espíritu, sino que lo odian [...]: he aquí lo que caracteriza a toda la nueva generación. Les agrada el deporte, la acción, la guerra, la lucha de clases. ¿Por qué? —y don Miguel insiste como queriendo dejar bien claro su juicio— Porque odian al espíritu. Yo conozco a los jóvenes de hoy, a los jóvenes modernos. Odian al espíritu

—remacha Unamuno su periodo señalando la causa para él más profunda de tanta tragedia, pasando, como se ve, de la sociología a la metafísica social, de la costra al fondo de la historia, de lo visible a lo invisible [...] Y antes de despedir a Kazantzakis deja bien claro que su adhesión al movimiento ha sido y es crítica y condicional. «No preste atención a lo que se dice de mí: no me he convertido en un hombre de derechas, no he traicionado a la libertad [...] Verá como dentro de algún tiempo, y esto no será dentro de mucho, seré el primero en reemprender la lucha por la libertad. No soy fascista ni bolchevique. Soy solamente un solitario»¹³⁴.

Aun destituido oficialmente de su cargo, sigue insistiendo a finales de octubre en la equiparación y corresponsabilidad moral de los dos bandos beligerantes, si bien se nota un mayor acento en su crítica al bando nacional, cargando las tintas sobre todo en la Falange. Manifiesta a este respecto al periodista Tharaud que la guerra es debida a una «verdadera enfermedad mental *colectiva*» y que si el gobierno de Burgos no lo contiene, se establecerá en su zona «*otro régimen de terror*». Al lado de Franco —dice Unamuno— hay varios partidos: Renovación Española, tradicionalistas —antiguos carlistas— Acción Popular —monárquicos que acataron la República—, «no pocos republicanos» ajenos al Frente Popular y la Falange, «partido político aunque lo niegue, o sea, el fascio italiano muy mal traducido. Y este —comenta don Miguel— empieza a querer absorber a los otros y dictar el régimen futuro». Y a continuación, recordando el incidente del Parainfo, dice:

134. GE 154-155, 157.

Y por haber manifestado mis temores de que esto acrecienta el terror, el miedo que España se tiene a sí misma y dificulte la verdadera paz; por haber dicho que *vencer no es convencer* ni conquistar es convertir, el fascismo español ha hecho que el gobierno de Burgos, que me restituyó a mi rectoría [...] vitalicia! con elogios, me haya destituido de ella sin haberme oído antes ni dándome explicaciones.

Termina don Miguel sus declaraciones con una advertencia indirecta a Franco, llamando su atención del peligro que acechaba al Nuevo Estado de confundirse en la práctica con la parte enemiga; una advertencia, no exenta de crítica por lo que está ocurriendo en la zona nacional tanto por lo que se refiere a la represión, llevada muchas veces al extremo, como en el aspecto político, inclinada cada vez más al antiliberalismo por influencia de la Falange; en una palabra, una advertencia que parecía nacer como el fruto más preciado de su futura novela, *El resentimiento trágico de la vida*:

Y es deber también —señala— traer una paz de convencimiento y de conversión y lograr la unión moral de todos los españoles para rehacer la patria que se está ensangrentando, desangrando, arruinándose, envenenándose y entonteciéndose. Y para ello impedir que los reaccionarios se vayan en su reacción más allá de la justicia y hasta de la humanidad, como a las veces tratan. Que no es camino el que se pretenda formar sindicatos nacionales compulsivos, por fuerza y amenaza, obligando por el terror a que se alisten en ellos a los ni convencidos ni convertidos. Triste cosa sería —remata su pensamiento don Miguel— que al bárbaro, anti-civil e inhumano régimen bolchevístico se quisiera sustituir con un bárbaro, anti-civil e inhumano régimen de servidumbre totalitaria. Ni lo uno ni lo otro, que en el fondo son lo mismo¹³⁵.

Conforme nos adentramos en noviembre, Unamuno va intensificando su crítica a la Falange, uno de los pilares del nuevo régimen. La acusa de ser el envés del marxismo y, por tanto, una amenaza para la libertad de España. Por eso critica y advierte. Ella sigue siendo el objetivo principal de sus dardos y, ahora también Franco, porque si a raíz del 18 de julio el general influyó para que ningún grupo político se erigiera en protagonista, atrayéndose por ello la voluntad nacional sin distinción de partidos, «luego —comenta Unamuno— otras influencias empezaron a abrirse camino en la Junta, y Franco se dejó llevar...» Y como previendo un futuro no deseado, vuelve a criticar duramente a la Falange porque ha comenzado a girar sobre extrañas influencias con peligro cierto para España.

Aquí, dentro de poco —sigue diciendo al periodista Fajans— tampoco se podrá declarar libremente, habrá que respirar al unísono con la Falange y con sus simpaticantes de fuera. La Falange, oiga, es, creo yo, el mayor peligro para España. Locos, fanáticos, imitan ciegamente unas ideas estrechas. Reniegan de su propia patria y

135. DE 100-101. Por estas fechas confió a sus notas de guerra este expresivo pensamiento: «Habría que temer mañana a los héroes parados. Nos libraron de la salvajería moscovita, pero que no nos traigan la estupidez católico-tradicionalista española» (RTV 47).

de sus propias ideas. La cruz de hierro adquiere la dignidad del escudo de España. Pronto empezaremos a adorarla como a un ídolo pagano. El himno alemán es ya un segundo himno español, y la *Giovenezza* es el tercero. Nosotros no necesitamos tres himnos. España no debería ser ni bolchevique, ni hitleriana, ni fascista, sino sólo y únicamente española...¹³⁶.

Y recordando de nuevo el incidente del Paraninfo dice al periodista: «Y, ya ve, me han quitado el rectorado. Me lo quitaron porque criticaba demasiado la obediencia a las tendencias extranjeras y la violación de la individualidad. Pero yo sigo opinando que *vencer no es convencer...*»

El pesimismo se ha adueñado totalmente de don Miguel por estas fechas, antesala de su ruptura completa con los postulados de la nueva España. «Miro el futuro con una gran preocupación. No veo ninguna salida, y no sólo para España. Casi toda Europa ha enloquecido. La nueva generación, la que viene, es aterradora. «Reconoces lo que yo creo, o te pego un tiro», ésta es su doctrina. Pero yo no lo voy a reconocer —dice don Miguel—, a lo mejor porque —y aquí sonríe, añade Fajans— soy un vasco, y los vascos somos gente muy dura»¹³⁷. Sin embargo, a pesar de su pesimismo y de la crítica tan fuerte a la Falange, repetimos, todavía mantiene en noviembre un cierto equilibrio de parecer entre el «terror blanco» y el «terror rojo». Ciertamente que ya no es tan firme ese equilibrio, pero lo sigue manteniendo, aun después de conocer la noticia del fusilamiento de su amigo y discípulo, Salvador Vila, que tanto dolor le produjo¹³⁸.

A raíz de esta noticia, que le llega el 26 de noviembre, acentúa su rechazo a la Falange, a la que llama con dura expresión «la Checa de la Nueva España»¹³⁹, pero no hay constancia documental de que haya renegado aún *expressis verbis* del movimiento nacional que, por otra parte, estaba formado no sólo por la Falange sino por un conjunto políticamente diverso, como el propio Unamuno acababa de informar al periodista Tharaud¹⁴⁰. Lo cierto y documentado es que casi a un mes de su muerte rompe con una parte o facción del movimiento. Las últimas anotaciones de

136. Incitado quizás por el fusilamiento del vicerrector de la Universidad de Valladolid, catedrático de Física Teórica y político, Arturo Pérez Martín, ocurrido semanas antes del fusilamiento de Salvador Vila en Granada (22-X-1936), anotó en su diario de guerra con clara referencia a los falangistas, el primer juicio moral discriminatorio en orden al uso de la violencia ejercida en uno y otro bando. «El que una horda de locos energúmenos, de desesperados mate a un número de ricos sin razón ninguna, por bestialidad, no me parece tan grave como el que unos señoritos saquen a un profesor de su casa, con una orden militar, y le asesinan por suponerles... ¡masón!» (RTV, 53). «Nunca pude creer —dice en noviembre a don E. Madrugá, su sucesor— que la inmunda falanjería —hija, en gran parte, del miedo servil de los cuitados— pudiese llegar a tanta abyección» (EI 349).

137. SAWICKI, P. *O.C.* en n. 111, pp. 14-15.

138. ROBLEDO (Ed.): *O.C.* en n. 23, p. 118.

139. Carta a Francisco de Cossío el 27 de noviembre de 1936, en ROBLES: *O.C.* en n. 111.

140. *Vid.* n. 133. EI 100. Es de interés a este respecto el artículo de Federico GARCÍA SANGHIZ, «Boinas rojas y camisas azules» (Sevilla, 23-XII-1936), *ABCD* fasc. 16, 39.

su diario de guerra y la carta a Cossío de 27 de noviembre dan lugar a dudas. Pero aparte el rechazo frontal, sin paliativo, de la Falange, todavía sigue equiparando las zonas enfrentadas bajo la forma genérica de un juicio moral y político; todavía parece mantenerse equidistante entre rojos y azules o blancos.

Claro está —escribe a Cossío— que aun siendo hoy ya toda ella la falange algo inmundo, de verdugos dementados, no comparo la de aquí, la castellana, con la andaluza. Lo de Andalucía es algo que pone espanto. De parte de los hunos —de los rojos— y de los hotros —de los blancos—. En el fondo es una locura colectiva con cierta base somática. Una epilepsia de la doble lepra española, la sífilis y la envidia. Lo de Málaga, Almería, Granada, Sevilla [...] es indecible. Esos degenerados andaluces con sus bizantinas pasiones de invertidos sifilíticos y de eunucos masturbadores. ¡Y eso se ampara en yugos y flechas! ¡Como en hoces y martillos!... Esa jauría hidrófoba a la caza de masones y cosas así —que ni sé lo que son ni ellos tampoco— lleva la cuenta de todos [...] Esto no tiene remedio. España es hoy un manicomio de locos feroces y envenenados. Y más que de locos de dementes. Dementalidad cuartelera y dementalidad de sacristía. *In interiore Hispaniae habitat* hoy la envidia, el resentimiento, el odio a la inteligencia, la ferocidad sanguinaria. Y así entre los hunos y los hotros están ensangrentando, desangrando, arruinando, envenenando y —lo que acaso es peor— estupidizando a la patria...¹⁴¹.

«Los motejados de intelectuales —anota por estas fechas en su diario de guerra— les estorban tanto a los hunos como a los hotros. Si no les fusilan los fascistas les fusilarán los marxistas...»¹⁴². «Tanto los hunos y los hotros...» Sigue, pues, activo el juicio simétrico de los bandos a través de esa intencionada «h». Pero conforme van pasando los días, sin abandonar del todo la simetría estimativa, va fijando cada vez con más contundencia su crítica en los hotros, en la Falange... Si, como hemos visto, dedica a ésta frases duras en la carta a Cossío, en sus apuntes de guerra, tomados probablemente a finales de noviembre, se revuelve aún más expresivamente contra ella, incluso desconfía ya claramente de la España que a su juicio representa. En la penúltima hoja de sus apuntes, como recordando una reciente entrevista o conversación, escribe en clara referencia a la retórica falangista que se estaba imponiendo en el bando nacional: «¡Arriba España! Sí, y abajo los arribistas. «¿Tiene V. fe en España?» —pregunta a Unamuno un supuesto interlocutor— «¿En cuál? ¿En la de los que gritan ¡arriba España! los arribistas?» «En esa no» —contesta—. «¿En cual, pues? ¿En la de usted?» —le sigue interrogando su invisible interlocutor—. «¿En la mía? La mía se acaba conmigo. Y si la dejo en mi obra tengo fe en ella; como tengo en la de Cervantes...»¹⁴³.

141. ROBLES: *O. C.* en n. 111. Ideas semejantes en la carta a Quintín de Torre de 1 de diciembre (EI 350).

142. RTV 43.

143. *Ib.*, p. 57. Parece pues que en medio de su pesimismo Unamuno fía al futuro la regeneración de España [...] O lo que es lo mismo, «otra» España, la cervantina y la unamuniana, la quijotesca y la del «sentimiento trágico de la vida», es posible todavía para él; sólo que hay que esperar [...] y rezar con fe. «Venga a nos el tu reino» había escrito don Miguel en la portada de sus apuntes en actitud orante y suplicante, como Jesús nos enseñó. «Venga a nos la España auténtica, la verdadera y eterna España [...], la España occidental y cristiana [...], siempre haciéndose y por hacer». ¿Sería ésta la silenciosa oración de

3º. Por lo que conocemos, sólo a partir de diciembre, en las dos cartas a Quintín de Torre de los días 1 y 13, se hace documentalmente patente la desafección de Unamuno a la sublevación militar de julio y no tan sólo a la Falange. Sin embargo en la del día 1, si bien critica con dureza inusitada al régimen político que va a nacer de aquel movimiento, todavía sigue empleando la expresión «entre los hunos y los hotros...», como repartiendo entre los bandos la responsabilidad de los males de España. Volviendo sobre cosas ya dichas a su amigo Cossío y a los periodistas, escribe ahora a su paisano Quintín de Torre, que está en el frente de Espinosa de los Monteros:

[...] aunque me adherí al movimiento militar no renuncié a mi deber —no ya derecho— de libre crítica y después de haber sido restituido —y con elogio— a mi rectorado por el gobierno de Burgos, rectorado de que me destituyó el de Madrid, en una fiesta universitaria que presidí, *con la representación del general Franco*, dije toda la verdad, que *vencer no es convencer* ni conquistar es convertir, que no se oyen sino voces de odio y ninguna de compasión [...] Entre los hunos y los hotros —o mejor los *hunos* y los *hotros*— están ensangrentando, desangrando, arruinando, envenenando y enton-teciendo a España... El problema hondo aquí es el religioso —continúa diciéndole a su amigo proyectando su experiencia más personal—. El pueblo español es un pueblo desesperado que no encuentra su fe propia. Y si no se la pueden dar los *hunos*, los marxistas, tampoco se la pueden dar los *hotros*... Entre los *hunos* y los *hotros* —reitera más adelante— van a dejar a España inválida de Espíritu.

De nuevo la simetría estimativa plasmada en esa expresión ortográficamente tan suya, tan intencionada [...] Pero da a continuación un giro de tuerca a su crítica habitual, y por primera vez desde octubre, sin silenciar el juicio negativo que le mereció siempre la deriva de la II República, concentra ahora sus dardos en el bando nacional. Es el recuerdo doloroso de Salvador Vila, su discípulo fusilado en Granada por masón, el que le hace intensificar e incluso ir más allá de su rechazo a la Falange. Es el mismo régimen político que se está levantando sobre ella como uno de sus pilares, el que cae ahora ante sus ojos bajo sospecha.

Sí, sí —dice a su amigo Quintín— son horribles las cosas que se cuentan de las hordas llamadas rojas, pero ¿y la reacción a ellas? Sobre todo en Andalucía. Usted se halla, al fin y al cabo, en el frente, pero, ¿y en la retaguardia? Es un estúpido régimen de terror. Aquí mismo se fusila sin formación de proceso y sin justificación alguna. A alguno porque dicen que es masón, que yo no sé qué es esto ni lo saben los bestias que fusilan por ello [...] Tremendo hubiera sido el régimen bolchevista, ruso o marxista —como quiera llamársele— si hubiera llegado a prevalecer, pero me temo que el que quiere sustituirle, los que no saben renunciar a la venganza, va a ser la tumba de la libre espiritualidad española [...] Cuando nos metimos unos cuantos —yo el primero— a combatir la dictadura primo-riverana y la monarquía —sigue diciendo más abajo—, lo que trajo la república no era lo que fue después

un hombre que, aplicándole las palabras que él mismo aplicó al conjunto del pueblo español entonces, quería creer y a la vez desesperado de no poder creer; de un hombre resignado a su desesperación y desesperado de su resignación? «Venga a nos el tu reino [...] Venga a nos la España auténtica...» ¿Para cuándo eso? No desde luego posible en el horizonte inmediato [...] Lo tenía claro [...] ¿Y después...? Cf. RTV 25, 29.

la que soñábamos; no era la del desdichado frente popular y la sumisión al más desatinado marxismo y al más necio pseudo-laicismo —¡aquellos imbéciles de radicales socialistas!— pero la reacción que se prepara, la dictadura que se avecina, presentio que pese a las buenas intenciones de algunos caudillos, va a ser algo tan malo; acaso peor. Desde luego, como en Italia, la muerte de la libertad de conciencia, del libre examen, de la dignidad del hombre¹⁴⁴.

Aún afila más su pluma en la carta del día 13. El desapego hacia el movimiento nacional es en ella total e irreversible, a pesar del hilillo de confianza que aún parecía mantener en el general Franco. Después de narrar a su amigo el terror que se vive en Salamanca, donde «hay la más bestial persecución y asesinatos sin justificación»¹⁴⁵, se ensaña con el general Mola, jefe del Ejército del Norte, «monstruo de perversidad, ponzoñoso y rencoroso», a cuyo cargo —dice don Miguel— está la represión de retaguardia. Y continúa: «Ese vesánico no ha venido —al revés de Franco— sino a vengar supuestos agravios de tiempo de la dictadura primo-riverana y a satisfacer los odios carlistas de los que en las anteriores guerras civiles se ensañaron con nuestro Bilbao». Poco más adelante declara ya sin ambages: «Qué cándido y ligero anduve al adherirme al movimiento de Franco, sin contar con los otros, y fiado —*como sigo estándolo*— en este supuesto caudillo. Que no consiga civilizar y humanizar a sus colaboradores». Y ahora sí, con toda intención, el infinitivo de su famosa frase del Paraninfo lo cambia en forma personal para lanzarla directamente contra el bando nacional, objeto expreso y actual de rechazo: «*Vencerán, pero no convencerán*; conquistarán, pero no convertirán». Y ejerciendo de vidente, presagia la situación de exilio (interior y exterior) en que numerosos republicanos, incluyéndose él mismo, van a quedar en la España postbélica bajo el nuevo régimen: «Lo que le digo desde ahora —confiesa a su amigo— es que todos los buenos y nobles y patriotas españoles inteligentes, que sin haber tenido nada que ver con el Frente Popular están emigrados, no volverán a España. No volverán. No podrán volver como no sea a vivir aquí desterrados y envilecidos». Así se veía él en la España de Franco, «desterrado y envilecido», situación que probablemente pensaría compartiría entre otros con Ortega y Gasset, por sólo nombrar al filósofo español más importante del momento, con quien había tenido nobles batallas de papel y estrecha relación personal y epistolar.

A continuación de lo anunciado a su amigo como advertencia, vuelve a dar otro giro de tuerca a su pensamiento y modifica radicalmente su antigua percepción del movimiento iniciado en julio. Si varias veces antes había dicho, y según él repitió luego Franco al ir éste señalando los objetivos del alzamiento militar en marcha, que

144. EI 350-352.

145. «Han asesinado —dice— sin formación de causa a dos catedráticos de Universidad —uno de ellos discípulo mío— y a otros. Últimamente al pastor protestante de aquí, por ser... masón. Y amigo mío» (EI 354).- Se refiere a los catedráticos Casto Prieto Carrasco y Salvador Vila Hernández, su discípulo, fusilados en Salamanca y Granada respectivamente, y a Atilano Coco. Pero con la expresión «y a otros» recordaría sin duda también los fusilamientos de José Andrés Manso, diputado socialista y presidente de la Federación Obrera de Salamanca, y a tantos otros... Cf. R. ROBLEDO (Ed.): *O. C.* en n. 23, *passim*.

lo que había que salvar frente al desmadre de aquella hora española era la civilización occidental y cristiana, ahora no se corta, y aunque en expresión no del todo feliz por la ambigüedad de la contraposición, dice claramente que «esta es una campaña contra el liberalismo, no contra el bolchevismo». Hubiera estado más acertado, creo, haber unido liberalismo y bolchevismo como objetivos a batir por igual. Pero sea de ello lo que fuere, llevado quizás por la dolorosa experiencia de esos fusilamientos recientes de amigos y compañeros, acusados no de marxistas sino de masones, da a entender Unamuno que el movimiento nacional parecía entonces más afanado en luchar contra el liberalismo que contra el comunismo, marxismo o bolchevismo. «¡Pobre España! —se duele a Quintín de Torre al final de su carta—. Y no vuelva a decir —le recrimina— ‘jarriba España!’, que este se ha hecho ya santo y seña de *arribistas*»¹⁴⁶.

2.5. *Final de trayecto*

Bien. Ya tenemos a Unamuno enfrentado al hipotético vencedor, tal como él mismo predijo en el mes de agosto al periodista norteamericano Kickerbocker¹⁴⁷. Sólo que ahora, en vez de ser el gobierno de Madrid su referente negativo, es el de Burgos. Sin embargo, es preciso afirmar que los *motivos* por los que se adhirió al alzamiento, los *valores* que creyó representaba el movimiento nacional (orden, justicia, fraternidad, libertad, igualdad, civilización occidental y cristiana...), esos motivos y valores fueron siempre válidos para él. Lo que ocurrió fue que, llegado a una cierta altura de la guerra, comenzó a difuminársele el modelo, a romperse el referente de su esperanza primera y con ello se fue decantando en su espíritu un vacío [...], el vacío de la «tercera» España, la suya, la que creyó emergía el 18 de julio, y que a la hora actual (diciembre de 1936) está ausente para él en los bandos enfrentados [...] esperando no se sabe dónde su oportunidad...¹⁴⁸ De ese colosal desengaño, de la conciencia de ese vacío de «su» España, deriva su frustración y desesperación, su hondo pesimismo y escepticismo [...], notas que van en aumento conforme se aproxima el final de su vida [...]

Nada mejor que volver a su *Cancionero* para vislumbrar el estado de su espíritu muy pocos días antes de su muerte. Dos sonetos que suenan a derrota, sin dejar por eso de aflorar, muy tímidamente, el irredento voluntarismo creyente de su autor, siempre en penumbra...¹⁴⁹

146. *Ib.*, 355. *Vid.* n. 24.

147. «Yo no estoy a la derecha ni a la izquierda. Yo no he cambiado; es el régimen de Madrid el que ha cambiado. Cuando todo pase, estoy seguro de que yo, como siempre, me enfrentaré con los vencedores» (GE 77). *Vid.* n. 134.

148. La carta deja claro que esa tercera España era para él, a quince días de su muerte, la de «todos los buenos y nobles y patriotas españoles inteligentes, que sin haber tenido nada que ver con el Frente Popular están emigrados...» (EI 354-355).

149. A mi entender, Unamuno no dejó de creer a su modo ni por tanto de esperar [...] Varias frases dejadas acá y allá en *El resentimiento* son muy significativas a este respecto. He aquí algunas: 1) «Matanzas de curas. «No nos han servido para nada» se pensaba casi inconcientemente al matarlos. No nos han dado fe en la vida.

Cuán me pesa esta bóveda estrellada
de la noche del mundo, calabozo
del alma en pena que no puede el gozo
de su todo gozar, prendida en nada,

Ay, pobre mi alma eterna encadenada
de la ilusión del ser con el embozo
de la verdad de veras en el pozo
en que está para siempre confinada.

Qué chico se me viene el universo
¿y qué habrá más allá del infinito,
de esa bóveda hostil en el reverso,

por donde nace y muere el mito?
Deje al menos en este pobre verso
de nuestro eterno anhelo el postrer hito.

21 de diciembre, 1936

Morir soñando, sí, mas si se sueña
morir, la muerte es sueño; una ventana
hacia el vacío; no soñar; nirvana;
del tiempo al fin la eternidad se adueña.

Vivir el día de hoy bajo la enseña
del ayer deshaciéndose en mañana;
vivir encadenado a la desgana
Es acaso vivir? Y esto qué enseña?

¿Soñar la muerte no es matar el sueño?
¿Vivir el sueño no es matar la vida?
¿a qué poner en ello tanto empeño?

Aprender lo que al punto al fin se olvida
escudriñando el implacable ceño
—cielo desierto— del eterno Dueño?

28 —día de inocentes—
de diciembre, 1936¹⁵⁰

De ese estado de derrota y de pesimismo, ya sin angustia, que se aprecia al final de su vida, sólo parece haberse repuesto de improviso, repentinamente..., en el mismo instante de morir ante la provocadora intervención de su último visitante, Bartolomé Aragón. Cuando este joven falangista, a la vista de la tragedia bélica y en tono de tristeza le dijo que le parecía que Dios había dado la espalda a España disponiendo de sus mejores hijos, Unamuno, en la vejez, pero de espíritu aún fresco, en un acto de fe voluntariosa o un acto voluntarioso de fe, se sobrepuso al decaimiento del joven y le dijo con voz bien fuerte, subrayando las palabras con un contundente golpe sobre la camilla: «¡Eso no puede ser, Aragón! Dios no puede volverle la espalda a España. España se salvará porque tiene que salvarse...». Y don Miguel, tras esas palabras, reflejo de su habitual «querer creer», forma de su fe más propia, entró en la historia en la tarde-noche del 31 de diciembre de 1936¹⁵¹.

Lugar de paso; ¿para donde? [...] 2) Una Iglesia que anatematiza al que *cree en Dios* pero sin creer que se pueda demostrar racionalmente su existencia es una Iglesia desesperada [...] 3) Y no es lo peor las vidas, es que están abortando *almas*, conciencias [...] 3) «Mi reino no es de este mundo». Y *el pueblo* no cree en otro. Ni en este [...] 4) Y mi mujer, la que se me murió aquí, sin conciencia, ¿dónde está fuera de mí? [...] 5) Lo que más importa es la intelectualidad y la religiosidad» (RTV, 19, 29, 33, 41). Ninguna de estas frases niega declaradamente a Dios ni la inmortalidad; tampoco son afirmativas [...] Sólo la última es categórica.

150. VI (1936) 1423-1424.

151. HEREDIA, A. «Bartolomé Aragón, último interlocutor de Unamuno», *Naturaleza y Gracia*, 52/3 (2005): 419-461. *Vid.* el sentido pésame que Don Filiberto Villalobos, amigo íntimo de D. Miguel, envió desde la cárcel a sus hijos el 1 de enero de 1937 (Josefina CUESTA y Manuel REDERO: «Desventuras del ex ministro Villalobos», en ROBLEDO (Ed.): *O. C.* en n. 23, pp. 310-311).

3. PERO... NO SE FUE DEL TODO

Su voz se apagó, pero no su espíritu, que sigue vivo, aunque de otra forma, en su Casa-Museo de la Universidad de Salamanca, su antigua residencia como Rector. Así lo quiso él, pues no en balde fue la Universidad el centro neurálgico de su vida pública salmantina y aun española. A ella se entregó con pasión suscitando a la vez pasiones, en ella fue honrado y despreciado por unos y otros [...], y en ella fue su voluntad quedarse no sólo en magnífica estatua pétrea con la cruz que le hizo poner a Victorio Macho en su pecho¹⁵², ni en muda presencia de objetos que le pertenecieron [...], sino sobre todo en forma de elocuente escritura. Libros, cuadernos, cuadernillos, hojas sueltas, epistolario, carpetas [...], mina inagotable de textos siempre sorprendentes, alimento de generaciones y generaciones de investigadores [...], jóvenes y mayores, nunca en luna menguante.

Y justamente, cuando empezaba a flaquear su adhesión al movimiento de julio, cuando ya había comenzado a echar por la borda su peculiar filofranquismo de aquel verano y la misma Universidad le había dado ya la espalda en su querella del Paraninfo [...], justamente entonces se desprende de su riqueza más querida y la entrega a la Academia dando así con ello consistencia documental a su Cátedra extraordinaria, no suprimida por el decreto de Franco¹⁵³. El 23 de noviembre de 1936, en carta a su sucesor, don Esteban Madruga, amigo y colaborador suyo en su reciente oficio rectoral, ratifica la entrega de sus libros al *Alma Mater* salmantina. «Ahí le envío, mi muy querido amigo, por mano de mi hija Felisa, las llaves del departamento de la antigua rectoral en que se queda la librería que fue mía y hoy es de la Universidad, pues que a ella —a que tanto debía— se la cedí. Cuando pueda traer los libros que me quedan en Hendaya se los cederé también, ya que este era uno de mis firmes propósitos y no soy de los que se vuelven de ellos»¹⁵⁴. Las palabras con que se despidió de su amigo y nuevo Rector no pueden ser más significativas del estado de su espíritu en aquellos momentos de ruptura sentimental y política con el naciente Nuevo Régimen. Muy duro habría de ser en su opinión el cargo de Rector en una tal circunstancia: «Ya sabe usted cuánto y cuán bien le quiere y *ahora le compadece* quien fue su compañero leal y fue y es y seguirá siendo su amigo para siempre»¹⁵⁵. ¿Compadecer a don Esteban por haber sido nombrado Rector? Sí, pues él mismo había tenido que ejercerlo y aplicar normas muy contrarias a su cordial y bien probado liberalismo [...]

Don Esteban leyó esa carta el 15 de diciembre a la Junta de Gobierno del Patronato Universitario, justo en el primer contacto que tuvo con ella después de su nombramiento. ¿Cuál fue la reacción de la Junta? ¿Rechazó el ofrecimiento del proscrito? ¿No pensaría algún profesor apuntarse un tanto en aquella circunstancia «tan favorable» al meritaje y pedir la devolución de esos libros a su dueño, recientemente

152. ES 346. El busto de don Miguel preside la escalera principal del palacio de Anaya.

153. *Vid.* n. 108.

154. EI 349.

155. *Ib.* El subrayado es nuestro.

caído en desgracia? Pues no. Según reza el Acta de aquel día, la Junta acordó *nemine discrepante*: 1º. «Testimoniar al Sr. Unamuno su más grande agradecimiento por este valioso donativo»; y 2º. Comunicarle «de oficio y por la Secretaría la gratitud de la Universidad y de su Junta de Gobierno, quien procurará catalogarla e instalarla debidamente para que pueda prestar la máxima utilidad pública»¹⁵⁶.

No sólo eso, sino que a los tres meses y medio de que su amiga-enemiga la muerte lo visitara de improviso aquella tarde-noche fría de fin de año, la Junta de Gobierno del Patronato universitario no tuvo reparo en aprobar por unanimidad una moción presentada por don Esteban Madrugá para que constara en Acta «el sentimiento de la Universidad y de su Junta de Gobierno por el fallecimiento del que fue su Rector, Don Miguel de Unamuno y Jugo, *irreparable pérdida por todos sentida*». Y añade el secretario: «A cuya moción se asocia la Junta en pleno, acordándose se comunique a la familia por la Secretaría General»¹⁵⁷.

Más aún, apenas acabada la guerra, el 1º de mayo de 1939, el mismo Rector Madrugá reúne a la Universidad y le dice que «cree un deber recordar al Claustro» el fallecimiento de varios de sus profesores, entre los que menciona a Unamuno y a Casto Prieto Carrasco, político de Izquierda Republicana (el partido de Azaña), catedrático de Medicina y alcalde de Salamanca aquel 18 de julio, fusilado el 29 del mismo mes por elementos falangistas procedentes de Valladolid. Don Esteban Madrugá justificaba el recuerdo institucional diciendo que los «méritos» de los profesores mencionados «son de todos bien conocidos, así como su amor a la Universidad, muy especialmente los Sres. Unamuno y Bustos [José de Bustos y Miguell], quienes han donado a la Universidad sus respectivas Bibliotecas». Y ya, sin hacer distinción entre ellos, propuso al Claustro «se haga constar en Acta el sentimiento del mismo por la pérdida de tan queridos compañeros». Y añade el secretario: «Y así se acuerda por unanimidad»¹⁵⁸.

Don Miguel, que había predicado no hacía mucho la compasión como típica cualidad del hombre religioso e inteligente, sonreiría desde su definitiva morada a

156. *Libro de Actas de Junta de Gobierno del Patronato Universitario (15-XII-1936)*. AUSA: LR/336. Asistieron a la Junta, Esteban Madrugá Jiménez (Rector), Teodoro de Andrés Marcos (Vicerrector), Celso Sánchez y Sánchez (Secretario), Isidro Beato y Sala, Manuel García Blanco, Antonio García Boiza, Gonzalo García Rodríguez, Manuel González Calzada, Máximo Peña Mantecón, José Pérez López-Villaamil, Serafín Pierna Catalán, José María Ramos Loscertales, Ignacio Ribas Marqués y Nicolás Rodríguez Aniceto. Casi todos firmantes con Unamuno del famoso *Manifiesto* de la Universidad de Salamanca a las Universidades y Academias del mundo (*Vid.* n. 94) y la mayoría firmantes de la propuesta de destitución (*Vid.* n. 105). No pasaría ciertamente mucho tiempo sin que uno de ellos, don Manuel García Blanco, auxiliar primero y sucesor luego en la Cátedra de Unamuno, hiciera realidad pocos años después el deseo de la Junta. Bajo su dirección comenzó a publicarse los *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* (DELGADO GONZÁLEZ, Ignacio. *Miguel de Unamuno. Historia de su Cátedra*. Barcelona: Edit. Anthropos (Documentos A nº 3), 1992. Sobre la continuidad de su Cátedra especial, *Vid.* n. 108).

157. *Libro de Actas de Junta de Gobierno del Patronato Universitario (14-IV-1937)*. AUSA: LR/336. Asistieron los profesores: Esteban Madrugá Jiménez (Rector), Celso Sánchez y Sánchez (Secretario), Isidro Beato y Sala, Manuel García Blanco, Antonio García Boiza, Gonzalo García Rodríguez, Manuel González Calzada, Máximo Peña Mantecón, José Pérez López-Villaamil, Serafín Pierna Catalán, José María Ramos Loscertales e Ignacio Ribas Marqués. El subrayado es nuestro.

158. *Libro de Actas del Claustro Ordinario de la Universidad de Salamanca* (AUSA: 548) fol. 86-87.

los viejos y jóvenes compañeros de la Universidad. Excusaría sus miedos bien recientes y sus pequeñas o grandes infidelidades [...] Y después de felicitarlos por su valentía al acoger y elogiar la herencia de un proscrito, les diría guiñando socarrón a los más remisos:

No, no me voy del todo. Me quedo para daros y dar a otros que pensar, sentir y querer [...] En esta antigua Rectoral yo, Miguel de Unamuno y Jugo, vasco y español de raíz a copa, que viví en ella atormentado por asuntos del más allá y preocupado por mantener a mi numerosas familias [...], tacaño de solemnidad según la leyenda que han hecho de mí [...], y joven y fuerte siempre de espíritu, a pesar del empeño de un futuro excelente escritor salmantino que no dejará de llamarme —no sé por qué esa obsesión— «hombre viejo» [...] Yo, repito, dejo a amigos y enemigos mi patrimonio más querido y sudado: mis libros y papeles, muchos aún inéditos, guardianes celosos de reconcentrada autobiografía [...] Como al través de límpido cristal, pues desde aquí todo es transparente, ya veo —continuó murmurando don Miguel— que esta Rectoral será convertida con los años en Casa-Museo para visitantes que quieran rodearme por fuera, y en Casa de investigación para quienes vengan a conocerme por dentro. Veo largas filas de afanosos estudiosos que, como en movimiento de noria murciana, hundén y rehunden sus arcaduces y cangilones, vacíos o repletos de prejuicios, en las aguas profundas de mi espíritu hecho letra [...] Quieren continuar la leyenda de mi vida y pensamiento [...]

No, no me voy del todo [...] Mi cuerpo muerto, mineralizado, queda a la custodia de la Iglesia en el camposanto de San Carlos Borromeo, fuera de la calidad, a la espera de su resurrección del último día, misterioso «anhelo vital»¹⁵⁹; mi espíritu queda en papel a la custodia de la Universidad en esta que fue mi casa, cogollo medieval y renacentista de la Roma del Tormes, situada entre las Catedrales y Fray Luis bronciño y ceniza, a la espera de dar y recibir la vida posible por obra y gracia de quienes vengan aquí, investigadores artistas y creativos, a realizar el diario milagro de poner de nuevo en circulación mi sangre espiritual, que ahora os entrego cuajada en letra.

SIGLAS Y ABREVIATURAS

ABCD	<i>ABC doble diario de la guerra civil [1936-1939]</i> . Madrid: Prensa Española, 1978.
AMSA	Archivo histórico Municipal de Salamanca.
AUSA	Archivo histórico de la Universidad de Salamanca.
BOE	Boletín Oficial del Estado.
BOJDNE	Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional de España (Burgos).
DE	URRUTIA, M. M ^a . «Un documento excepcional: el <i>manifiesto</i> de Unamuno a finales de octubre-principios de noviembre de 1936», en http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/13572721092135830532279/hisp03_urrutia07.pdf .

159. VII (1913) 241.

DGIP	Dirección General de Instrucción Pública.
EI	UNAMUNO, M. de. <i>Epistolario inédito, II</i> . Ed. de L. ROBLES (Madrid 1991).
ES	SALCEDO, Emilio. <i>Vida de don Miguel</i> (Salamanca 1998, 3ª ed).
EVL	VEGAS LATAPIE, E. <i>Los caminos del desengaño. Memorias políticas (II), 1936-1938</i> (Madrid 1987).
fasc./fasc.	Fascículo / Fascículos.
GE	GONZÁLEZ EGIDO, L. <i>Agonizar en Salamanca</i> (Salamanca 1986).
GM	Gaceta de Madrid. Diario Oficial de la República.
JDN	Junta de Defensa Nacional (Burgos).
MCMM	Ministerio de Comunicaciones y Marina Mercante.
MH	Ministerio de Hacienda.
MIPBA	Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.
n./nn.	Nota/notas.
PCM	Presidente del Consejo de Ministros.
PD	Por delegación.
PGE	Presidente del Gobierno del Estado.
PP	PRESTON, P. <i>Franco, Caudillo de España</i> (Barcelona 1994).
RE	GONZÁLEZ MARTÍN, V. (Ed.). <i>República española y España republicana</i> (Salamanca 1979).
RTV	UNAMUNO, Miguel de. <i>El resentimiento trágico de la vida</i> . Notas sobre la revolución y guerra civil españolas. Estudio de Carlos Feal (Madrid 1991).
Subs.	Subsecretario.
Vid.	Véase.

Las citas de trabajos de Unamuno recogidos en las *Obras Completas* por M. García Blanco en la Editorial Escelicer (Madrid, 1966), sólo se especifican el tomo (número romano) y entre paréntesis el año en que se publicó el artículo citado.